

**BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA**

17

LIMA, 1982

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA

**BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA**

17

LIMA, 1982

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA

Academia Peruana de la Lengua
(Instituto Nacional de Cultura) — Ancash, 390
Administración del Boletín: Ancash, 769
Lima 1 — Perú.

BOLETIN DE LA
ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Nueva época

Lima, 1982

Número 17

ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

DIRECTOR: Augusto Tamayo Vargas

CENSOR: Aurelio Miró Quesada Sosa

SECRETARIO: Estuardo Núñez

TESORERO: Luis Jaime Cisneros

BIBLIOTECARIO: Alberto Tauro

Académicos de Número

Guillermo Hoyos Osores	(1941)
Aurelio Miró Quesada Sosa	(1947)
José Luis Bustamante y Rivero	(1956)
Rafael de la Fuente Benavides	(1956)
Héctor Velarde	(1956)
Alberto Wagner de Reyna	(1961)
Luis Jaime Cisneros	(1965)
Estuardo Núñez	(1965)
Augusto Tamayo Vargas	(1965)
Guillermo Lohmann Villena	(1971)
Francisco Miró Quesada	(1971)
Martha Hildebrandt	(1971)
Juan Ríos	(1975)
Alberto Escobar	(1975)
Mario Vargas Llosa	(1975)
Javier Sologuren	(1975)
Fernando Romero	(1976)
José Tola Pasquel	(1976)

Alberto Tauro	(1979)
Luis Alberto Sánchez	(1980)
Luis Hernán Ramírez	(1980)
Carlos Germán Belli	(1980)
Antonio Cornejo Polar	(1980)
José Agustín de la Puente	(1980)
Enrique Carrión Ordóñez	(1980)
Manuel Solari Swayne	(1980)
Miguel Angel Ugarte Chamorro	(1980)
Andrés Aramburú Menchaca	(1982)
José Luis Rivarola	(1982)
Manuel Pantigoso	(1982)





Ceremonia de instalación de la nueva Junta Directiva de la Academia Peruana de la Lengua

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS EN LA CEREMONIA DE INSTALACION DE LA NUEVA JUNTA DIRECTIVA DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

(Acto realizado en el Insitituto Nacional del Cultura el jueves 25 de febrero de 1982)

Privilegio insólito es para mí, señor Presidente, recibir hoy de manos de mi maestro José Jiménez Borja, la Dirección de la Academia Peruana de la Lengua, en ceremonia a la que usted ha aceptado asistir, dentro del afán que lo anima y que ha animado a toda nuestra generación, de hacer del Perú y de su cultura, el basamento de una doctrina y de una acción.

El extraordinario privilegio se acrecienta al repasar los nombres de mis antecesores: Francisco García Calderón, Ricardo Palma, Javier Prado, José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Aurelio Miró Quesada y José Jiménez Borja, adalides de la conservación del idioma castellano dentro de la constante renovación del lenguaje con la fuerza constructiva cultural del pueblo peruano y su particular idiosincracia, que ejercen su dinámica coloquial sobre el idioma de todo el mundo hispano hablante.

Quiero en esta oportunidad reiterar algunos aspectos del especial papel de una Academia como la Peruana y de la tradición popular como pivote propulsor de la constante transformación del lenguaje dentro del cauce que le señala

la estructura del idioma, como aguas que constantemente se renuevan para desembocar en el mar común de una lengua que une a tantos pueblos; con la doble figura de integración y de perseverancia, al mismo tiempo, de las peculiaridades que podemos llamar nacionales.

Como se sabe, nuestra Academia adquirió carta de ciudadanía en 1887, contando con la presencia de "académicos correspondientes" de la Real Academia Española que, por natural proceso de emancipación, formaron la célula nativa. Entre el 5 de mayo de ese año de 1887 en que presidiera la comisión organizadora de la Academia, José Antonio de Lavalle y el 30 de agosto en que se instala definitivamente bajo la dirección de Francisco García Calderón, se establecen las bases constitutivas de una institución que al decir de aquel ilustre escritor: "no tiene la obligación de conservar la pureza del idioma en todo el mundo español, pero se dedicará a seguir el movimiento intelectual del pueblo peruano estudiando sus usos y costumbres, comunicándolos a la vez a las Academias Hispanoamericanas y a la de España para de esa manera uniformar el idioma en general". Como lo he dicho recientemente: "La Academia no es sino recolectora del movimiento lingüístico. No puede regir ni detener el cambiante uso. En el caso peruano tiene por tareas: evaluar el estado del idioma en nuestro país, comprobar la validez de nuestros peruanismos para darles el cauce de ser incorporados a la gran corriente del habla española, trabajar por una gramática castellana que esté en contacto con las fuerzas vivas de la lengua y recomendar y orientar el mejor uso del castellano a través de los medios de la docencia y de la comunicación social.

Muchos escritores no gramáticos formamos parte de la Academia Peruana de la Lengua porque el escritor representa vivamente el movimiento idiomático de un pueblo, aunque al parecer se aparte, a veces, de las corrientes ortodoxas de la lengua; y la Academia debe trabajar ma-

yormente sobre el material escrito aunque recoge, así mismo, las fuentes orales, en constante flujo de renovación, en donde quedan depuradas las palabras como a través del cernidor las pepitas de oro que el minero recoge en los lavaderos dentro de una gran masa de tierra, piedras y otros metales. Estamos, además, presentes aquí, gente de variada generación y tendencias y así se interfluyen los caminos de la lengua en el tiempo y en la orientación de los mismos. Y es bueno ratificar hoy que nuestra Academia ha tenido siempre un amplio sentido renovador y dinámico. Y que esa posición nació de su animador, reorganizador más tarde y patrono, por antonomasia: Ricardo Palma, inspirado creador de vocablos —como dijera en alguna otra oportunidad— “caliente recreador del giro popular, entroncando en las viejas raíces del castellano las voces peruanas que pugnaban por encontrar su cauce y su validez universal. Fue Ricardo Palma el que señaló uno de los caminos de introducción de los americanismos en la Lengua Castellana y el que supo animar su obra no con rigidez academista sino con alerta vena popular, con franca utilización del giro nuevo y de la aplicación de las normas que dicta aquel supremo legislador que es el uso de la lengua. En carta a Manuel Tamayo y Baus, Secretario de la Academia Española, en 1879, Palma le dice sin embargo que en América hay muchos como él, que tratan de conservar la pureza de la lengua, en lo que ésta tiene de vía de permanente relación entre pueblos que nacen de un mismo esfuerzo culturizador; y es allí donde la conservación del espíritu del idioma es indispensable, para mantener una comunidad de pueblos que se entienden precisamente porque hablan un mismo lenguaje, y nos toca coordinar los hábitos de renovación que soplan en distintas regiones para mantener el denominador común de nuestro entendimiento”.

Y añadí entonces que “me complazco y me honro en pertenecer a esta Academia, que ha contado y cuenta con

tan valiosas figuras de nuestra literatura y que supo asimilar y recibir a tan dispares escritores, desde los tiempos de los Cisneros, los Camacho, los Paz Soldán, que como los casos de Eguren, de Martín Adán y de Ciro Alegría han representado precisamente verdaderas revoluciones literarias, en el más alto plano”.

Al lado de Ricardo Palma habría que señalar la presencia de José Gálvez en esa tarea. Es de todos conocida la anécdota aquella en que Ricardo Palma le envía su pluma de tradicionista para la consecución del tema popular en nuestro medio y cómo Gálvez a la vez plantea la *Posibilidad sobre una genuina literatura nacional*. Palma se llena de antiguas y nuevas voces españolas y locales para dar el ancho capítulo de las *Tradiciones Peruanas*. Gálvez vive de la tradición, particularmente limeña, para concebir una expresión literaria que corresponda al espíritu de nuestro pueblo y el léxico de nuestro país.

Permítanme que me detenga ante la imagen de Gálvez, poeta, maestro universitario, creador de una prosa que seguía los grandes delineamientos de Palma. Y es que a Gálvez sucedí en la Cátedra de Literatura Antigua, allá por el año 1939. Y a él le debo la transferencia de un legado espiritual; como él se lo debió a Palma.

Había llevado a sus alumnos en viaje por el Mediterráneo siguiendo a Ulises y había deleitado con el periplo de éste, con el encanto del mundo homérico por donde él se paseaba, al igual que se detenía ante los muros de Troya para hablarnos de la “cólera de Aquiles”; y, luego, ante la devastación de Ilión y el viaje de Eneas contado poéticamente por Virgilio, siguiendo igual derrotero que el del “odiseo”, para ir a fundar Roma por designio de los dioses, después de las mil peripecias literarias en que hace dúo con Homero el poeta romano de las Eglogas, las Geórgicas y la Eneida. Pero, al mismo tiempo, Gálvez había escrito una poesía de un modernismo atemperado donde surgía

la voz peruana, adelgazando estridencias, temblando en la expresión con la "tristeza de un piano", con la melodía de la paisana, con el cálido acento de la jazminera, con "pianitos ambulantes" y "marineras" y "cometas" y "caballos de paso" con "chalanos criollos"; pero también un "Canto Jubilar a Lima", al que sigue la melancolía de un crepúsculo sobre la costa peruana. Una novela corta, "La boda"; unas crónicas evocadoras de su ciudad; y el tratado sobre *Posibilidad de una genuina literatura nacional* hacen de él el continuador del lenguaje de una clase media peruana en busca de una expresión propia dentro del idioma español, en persecución de la inmensa tarea realizada por su antecesor Palma. Son los años en que Víctor Andrés Belaúnde busca en el campo de los estudios sociales la "realidad nacional". Hay en Gálvez como en Palma la franca afirmación de un "nacionalismo" literario dentro del impresionismo de comienzos de siglo y alternando su profunda incursión en la literatura universal y en el habla castellana con el giro peruanista, con la utilización de los elementos populares que halla a la mano.

José Carlos Mariátegui afirma que "las *Tradiciones* de Palma tienen política y socialmente, una filiación democrática" y que traduce "el mal contento zumbón del *demos* criollo"; y haciendo la crítica de su tiempo añadiría que "malgrado sus limitaciones, es también de este Perú integral que en nosotros principia a concretarse y definirse". Y al hablar específicamente de José Gálvez, a quien señala como un romántico que ha atemperado la verbosidad de Chocano, lo considera un "heterodoxo" de lo que él considera el carácter del grupo "futurista" y que responde también al lenguaje popular de la clase media de nuestro país. Pero aún más. Al insistir en su trabajo sobre *Posibilidad de una literatura genuinamente nacional*, Mariátegui cita largamente a Gálvez. "Por mucho que sean civilizaciones desaparecidas y por honda que haya sido la influencia espa-

ñola —escribe— ni el material mismo se ha extinguido, ni tan puros hispanos somos los que más lo fuéramos, que no sintamos vinculaciones con aquella raza, cuya tradición áurea merece un recuerdo y cuyas ruinas imponentes y misteriosas nos subyugan e impresionan” . . . Y continuó citando a Gálvez. “Precisamente porque andamos tan mezclados y son tan encontradas nuestras raíces históricas por lo mismo que nuestra cultura no es tan honda como parece —y en esto andaba errado— el material literario —y por ende lingüístico, podemos añadir— de aquellas épocas . . . es enorme para nosotros” . . . “y porque alguna levadura debe haber en nuestras almas . . . de la lucha de dos razas, la indígena y la española, cuando aún nos encoge el alma y nos sacude con emoción extraña y dolorida la música temblorosa del yaraví” . . . Continuaría hablando cómo no puede partir nuestra historia de la Conquista, sino de un pasado mucho más lejano y cómo nuestros problemas sociales tan propios y especiales deben ser considerados dentro de una literatura particular. Esas razones socio-culturales determinan también modalidades del lenguaje que ya Ricardo Palma había recogido y llevado pacientemente ante el resto de las Academias de habla española para que fueran incorporadas a un contexto que unificara nuestra lengua sin detrimento de los aportes esenciales de la realidad social y del consiguiente léxico de una nacionalidad como la nuestra.

Decía yo en mi discurso de incorporación a la Academia, en 1965: “Antes de comenzar el que ha de ser propiamente el tema de mi discurso, quisiera pedir algo que creo es común a las Academias del mundo, que cada sillón tenga, antes que su número, el nombre de su patrón literario, bajo cuya advocación realice el intelectual su tarea. Yo pediría, si fuera posible, sentarme en una silla que tenga por cabecera el nombre de José María Eguren, aquel diminuto y humilde hombre, que transformó el lenguaje

poético de su tiempo, que supo hablar con antiguas palabras extraídas de viejos tesoros guardados del idioma, pero también con nuevas expresiones que no desdecían la belleza del mismo y que servían para abrir caminos en la imaginación y surcos en el sentimiento. Es José María Eguren un símbolo de lo que es esta Academia Peruana de la Lengua —abierta a todos los horizontes—: una atractiva figura de renovación y de conservación, de rebelión y de mantenimiento de valores, a la que acojo fervoroso, con la misma unción con que lo ví por primera vez en mi adolescencia; con la misma unción con que acompañé su cadáver en aquel abril de 1942. Fue Eguren solamente reconocido en su alta calidad por el grupo Colónida; y capitán de ese grupo que inició una etapa de nuestra vida literaria fue Abraham Valdelomar”, a quien seguiríamos entonces en algunas facetas de su personalidad. Valdelomar supo descubrir con otros el valor poético de Eguren.

El tiempo me ha hecho meditar en aquello. Y ahora siento como una presión de las dos fuerzas que han hecho posible mi creación literaria: el sentimiento universalista de una literatura que tiene honda vertiente en aquel mundo antiguo mediterráneo y por otro la intensa búsqueda de la expresión peruana. Y vuelvo los ojos a quien me cediera la cátedra para hacer de ella vínculo con los estudiantes de tantas y tantas generaciones, transmitiéndoles el doble mensaje enunciado y la constante presencia de la renovación o del renacimiento, por encima de todos los perecimientos y de todas las muertes y me hallo ante la imagen de José Gálvez, del Gálvez buscador de la belleza en la palabra de todos los tiempos y del Gálvez tenaz rastreador de las fuentes vivas del lenguaje dentro de la expresión peruana de la literatura.

Quisiera, por ello, ratificar, ahora, en mi condición de Director de la Academia Peruana de la Lengua, la necesidad de que cada sillón de la misma tenga un nombre

patrono. Son treinta y seis nombres de peruanos ilustres que han pasado por ella y que deben ser señalados como mentores para dignificar a través de ellos nuestra tarea.

Actualmente son 30 los Académicos, según el Estatuto respectivo. Dejo para ilustres colegas por orden de antigüedad el escogimiento del sillón respectivo y me permito quedarme con el de José Gálvez —al lado del de Ricardo Palma— como una afirmación de los principios enunciados. Sin que esto disminuya mi admiración y mi afecto por Eguren y su obra.

No trazaría ahora, en estas circunstancias, un plan de acción, pero sí la impaciente inquietud de una comunicación constante que ha de traducirse, por un lado, en la realización mensual de actuaciones públicas, como así mismo de nuestras sesiones institucionales, a más de las reuniones que ya realiza dos veces por mes la Comisión Lexicográfica, buscando completar ésta un Diccionario adecuado de peruanismos dentro de una intensa labor. Y el tratar de hallar los medios de relación masiva mediante los sistemas de comunicación social que hagan de la Academia Peruana de la Lengua una institución más al servicio permanente de la cultura nacional.

Hemos deseado, señor Presidente, que usted se halle entre nosotros en esta fecha de instalación de una nueva Junta Directiva, para que le preste el realce que su presencia otorga, al par que para encontrar en los Poderes Públicos, de los que usted es el Jefe del Estado, el apoyo que debe merecer la Academia Peruana de la Lengua para el logro de los altos fines que se propusieron sus iniciadores y que hemos tratado de mantener al tope los que venimos sucediéndolos en la dignísima tarea de buscar en la lengua y la expresión literaria el alma nacional del Perú.

Pido a usted se digne declarar instalada la Junta Directiva de la Academia Peruana de la Lengua por el período 1982-1985.



José Jiménez Borja

(1901 - 1982)

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON ESTUARDO
NUÑEZ, A NOMBRE DE LA ACADEMIA PERUANA
DE LA LENGUA EN EL SEPELIO DEL ACADEMICO
DON JOSE JIMENEZ BORJA

La Academia Peruana de la Lengua lamenta conser-
nada la desaparición de uno de sus más antiguos, insig-
nes y caracterizados miembros. Con José Jiménez Borja se
extingue asimismo uno de los más donosos escritores del
país. Su palabra de ensayista estuvo siempre penetrada
de un profundo conocimiento del idioma en cuyo trata-
miento supo imprimir sus dones de estilista que daban
toques de elegancia y agudeza a sus frases henchidas de
rigurosa información y de original pensamiento. Era de-
leitoso escucharlo o leerlo, en cualquier ocasión que fuese.
Su personalidad afloraba muy definida e inconfundible en
su escritura o en la palabra hablada.

Antes de los 20 años, Jiménez Borja había hecho ya
sus primeros ensayos periodísticos vinculados a su pasión
por la Patria cercenada, en cuyo seno le tocó nacer
en diciembre de 1901. Conjuntamente con Jorge Basadre
—otro gran historiador e ilustre académico, figura señera
de Tacna— hace poco también desaparecido, escribió un
bello libro que recoge la común emoción por el terruño:
El alma de Tacna, libro primigenio aparecido en 1920.
Seis años más tarde, Jiménez Borja integró la planta de
colaboradores de *Justicia*, periódico que defendió con altura

y energía los derechos del Perú durante la campaña plebiscitaria de 1925-1926, para la reincorporación al Perú de Tacna y Arica. En esa década producía también poemas de exquisito carácter intimista y eglógico.

Requeriría muchas páginas el reseñar la múltiple actividad desarrollada por el ilustre desaparecido como autor de libros y ensayos, como consejero en materias pedagógicas y Director administrativo en el Ministerio de Educación, como maestro de educación secundaria y normal, como profesor y decano en las Facultades de Letras y Educación de la Universidad de San Marcos y en la Universidad Católica, como fundador, promotor y animador del Seminario de Lenguaje Peruano en la misma Universidad.

Huella indeleble han dejado sus útiles enseñanzas sobre pedagogía del idioma, de cuyo desarrollo son resultados ejemplares y positivos las varias generaciones de maestros del idioma que formó con el calor humano, la comprensión amical y la sapiente orientación de su palabra y ejemplo.

A nuestra Academia, José Jiménez Borja ofrendó sus más caras y positivas cualidades de hombre de estudio y de promotor espiritual. Por casi cuarenta años y desde la fecha de su incorporación, en 1941, desempeñó la Secretaría de la misma, hasta que fue elegido para el cargo de Director en 1979. Al cumplirse el período bi-anual de su mandato, a pesar del pedido reiterado y la insistencia de los miembros de la Academia, se excusó de aceptar la reelección en actitud de ejemplar desprendimiento, no obstante ser merecedor de esa distinción por sus méritos y especialmente por haber presidido con prestancia y brillo singulares, las labores preparatorias y el desarrollo del VIII Congreso de Academias de la Lengua Española, realizada en Lima en abril de 1980, con asistencia de representantes distinguidos de las letras de España y los países hispanohablantes. A su aliento y ponderada orientación se debió el buen éxito de aquel certamen lingüístico.

A pesar de su apartamiento de la dirección de la Academia Peruana, la actividad suya dentro de ella no decayó y fue manifiesta, sobre todo en el seno de la Comisión Lexicográfica de la misma, con renovado y notorio esfuerzo para culminar su tarea de incorporación de peruanismos al texto del Diccionario oficial. En una sesión última —hace pocos días— Jiménez Borja mostró su satisfacción por haber culminado la tarea —con sus colaboradores entusiastas y desinteresados— hasta los vocablos de la letra Z. Planeaba ya iniciar la nueva empresa de abordar en fecha próxima, la confección de un completo Diccionario de Peruanismos.

Al margen de esa valiosa tarea, había escrito últimamente una monografía sobre las aportaciones gramaticales de Andrés Bello, expuesta en la reunión celebratoria del segundo centenario del nacimiento de Bello, que tuvo lugar en Caracas, en 1981, donde representó con dignidad y autoridad a nuestra corporación.

Pocos días antes de morir anunció haber concluido un trabajo sobre la figura literaria de Santa Teresa de Jesús, con motivo del IV centenario de su muerte. La Academia le había acordado una fecha para la lectura de su importante contribución.

En plena actividad la muerte le ha dado el encuentro sorpresivamente.

Ha muerto en forma inesperada y con la misma dignidad como vivió, en actitud de entrega eficaz a sus discípulos, admiradores y amigos. No conoció los desvelos y caireles efímeros de la vanidad, mostraba el orgullo de llevar una vida modesta y recogida, ofrecía el testimonio público de la sinceridad de sus creencias, era decidido y valiente en la defensa de la verdad, amaba a su terruño como amaba a su país entrañablemente, era pronto en mitigar las preocupaciones y necesidades ajenas, acudía solícito como consejero de los angustiados.

Como humilde pero noble cultivador de las letras y de la cultura, era el maestro y hombre de consejo por excelencia.

En este carácter, en 1979, le fue encomendada la tarea de revisar la redacción final de la nueva Constitución Política del Perú, actualmente en vigencia. Por su contribución tan valiosa para comunicar la prestancia del buen decir y la expresión precisa al texto legal, se negó a recibir la justa remuneración que merecía.

Ha desaparecido y nos deja desolados un hombre cabal de bondadosas reacciones y varios talentos: maestro ejemplar, escritor ilustre, investigador acucioso con fino sentido crítico. Defensor enérgico de su dignidad era al mismo tiempo el callado perdonador de flaquezas humanas o insuficiencias intelectuales. Se ha ganado don José —como le llamábamos en la intimidad— la paz eterna y la gratitud de la posteridad.

DISCURSO DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA
DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS, EN HOMENAJE
A LA MEMORIA DEL DIRECTOR DON JOSE JIME-
NEZ BORJA, EN SESION SOLEMNE

La Academia Peruana de la Lengua rinde tributo a la memoria de Don José Jiménez Borja, Miembro de Número, Censor, ex-Secretario y ex-Director de nuestra institución. Si completáramos una escueta ficha biográfica diríamos que fue Maestro con letras mayúsculas de Secundaria y de la Universidad; escritor insigne, lingüista preclaro, fervoroso sostenedor de la peruanidad de su Tacna nativa; que en la vieja Casona de San Marcos llegó a ser Decano de la Facultad de Letras y que en el campo de la Educación ocupó el alto cargo de Ministro de Estado durante el régimen constitucional de Fernando Belaúnde Terry, en el período comprendido entre 1963 y 1968. Y terminar diciendo lo que Estuardo Núñez afirmara en el Cementerio Presbítero Maestro que "la Academia lamenta consternada la desaparición de uno de sus más antiguos, insignes y caracterizados miembros" . . . Si habláramos de su espíritu tendríamos que señalar su erudición sin afectación, su fino sentido crítico, su bondadosa actitud, su profunda afectividad, su mano generosa para conducir sin dejarse sentir, como influyendo desde un lejano espacio donde colocaba su pensamiento y su hilo conductor. Si quisiéramos trazar su retrato tomaríamos del artículo necrológico

publicado en "La Crónica", el 25 de agosto, estas frases: "Su figura lenta, que los años cargaron de hombros y de señorío, era en los tiempos de la Casona de San Marcos, como la imagen de la sencillez y la serenidad". Y añadiríamos con Andrés Aramburú Menchaca: "Solía desplazarse lentamente, pero sin vacilaciones. Era una de las características de su personalidad que irradiaba dignidad y sabiduría. Podría pensarse que también era imagen de soledad, sino fuera por su sonrisa permanente y el asedio de sus muchos amigos a quienes acogía con benevolencia y tolerancia que está reservada para los espíritus selectos"... Y decir también con Aramburú que: "Concordaba su hablar con la calma de sus pasos". Pero señalar que ello iba acompañado del uso de la palabra que en él adquiría con la corrección gramatical, el vasto campo significativo que irradian las voces cuando se abren las claves del idioma en un horizonte de ideas y de imágenes. Todo ello podríamos exponer dentro de un discurso académico y continuar con la presentación de su tarea bibliográfica. Pero queremos salirnos del ritual por unos momentos para hablar emocionalmente de aquello en que Jiménez Borja estuvo ligado a mi generación y permanentemente unido a mis recuerdos y a mi experiencia personal desde mis años de colegio hasta el día desolado de su fallecimiento.

Profesor nuestro en las aulas del Colegio de la Inmaculada de diversas materias de humanidades, fue sembrando paulatinamente en muchos de nosotros, la semilla de la literatura. No fue entonces un estricto maestro de gramática sino un cultivador del gusto por los textos literarios no solamente del pasado, sino de un entonces presente de la literatura hispana e hispanoamericana. Cuando me dio a leer "Don Segundo Sombra" en 1929 se inició mi inter-namiento en la novela contemporánea de nuestra América en castellano y la posibilidad de un coloquio entre hispanohablantes a base de la expresión literaria y de los matices

diversos del idioma en el aporte constante de nuestros pueblos al lenguaje común. Y al igual que a mí, a compañeros generacionales de diversos colegios de secundaria en Lima les fue inoculando el virus de la literatura y con él la preocupación por la palabra como vehículo de las más variadas y abismales complejidades del consciente y el subconsciente del hombre.

Jiménez Borja, él mismo poeta de vanguardia, fue nuestro maestro por los renovados campos de la poesía que se nutría tardíamente de las expresiones del surrealismo, del dadaísmo y de la variada gama de los ismos post-primer guerra mundial. Con él pudimos entrar en los caminos de Borges, Huidobro, Cansinos, Anssens, Alberti y Cernuda, pero también García Lorca y Guillén y Salinas; así como en el Perú, de los Hidalgo, los Oquendo de Amat y los Vallejo que establecían las bases de un nuevo idioma literario en nuestro país al lado de los titikakas de Puno, de los expresionistas como Mercado en Arequipa, del Grupo Norte, en Trujillo, de la pura vanguardia en Adalberto Varallanos, del empaque de Alberto Guillén en "La linterna de Diógenes" y de la generación del 26 en Lima, con Martín Adán, Xavier Abril, Enrique Peña ... Con esos iniciales pasos pudimos publicar *Prometeo*, en 1930, aún colegiales, con José Alvarado Sánchez y Alberto Tauro.

La nueva crítica literaria se nutría de su tesis: "Elogio de D. Luis de Góngora", donde estaban presentes los estudios estilísticos y la entrada al ordenamiento de la vanguardia de Dámaso Alonso. De Góngora pasaría Jiménez Borja a estudiar a San Juan de la Cruz en una entrada al iluminismo poético que iría a culminar con el ensayo sobre Santa Teresa de Jesús, que hubiera sido tema de la actuación que la Academia debe a tan ilustre escritora. De Jiménez Borja escuchamos la novedosa exposición de unir a José María Eguren con el paisaje de la costa peruana; y a la vez decir en alquitarada expresión, las características

modernistas de José Asunción Silva, el doliente y renovador poeta del "Nocturno". Fue nuestro conductor literario por antonomasia, antes que fuera maestro de gramática en San Marcos con sus conocidos percentiles ortográficos y su erudito repasar de Bello a Lenz. Nuestra generación fue irrumpiendo al profesorado en la Facultad de Letras de esa nuestra alma mater, desde 1938, con la presencia de Luis Fabio Xammar, nuestro compañero en las andanzas por la literatura peruana en el aula y fuera de ella y a quien habríamos de llorar tan prontamente desde la tribuna del Salón de Grados de esa Facultad. Fue Jiménez Borja consejero sagaz y prudente administrador de conocimientos y de política cultural . . . A la Academia llegamos también un grupo generacional, en 1965, gracias a él y a Aurelio Miró Quesada, como un puente entre la tradición y las nuevas corrientes. Y cuando cumplimos 25 años en la Cátedra fue Jiménez Borja actuante presentador de las características de una generación que tenía por signo su preocupación y su amor por el Perú. Entonces y ahora le expreso en nombre de todos nosotros, los innúmeros discípulos entregados al quehacer de la enseñanza y de la labor literaria e histórica, nuestras más profundas y emotivas gracias.

En San Marcos recibimos el Decanato de la Facultad de Letras; en la vida pública, el Ministerio de Educación; en esta Academia, la Dirección que tanto le correspondía continuar y que no quiso hacerlo, a pesar de los ruegos de tantos de nosotros, y que puso en manos de quien no tenía méritos que él poseía aunque pusiera entusiasmo y consagración. No puedo menos que sentirme un desfalleciente continuador de sus tareas y de salir de los desfallecimientos pensando en la entereza y la responsabilidad que él mantuviera en todos los puestos a que lo llevó su versátil personalidad. Yo no podía dejar de expresar todo esto, aunque fuera en unos breves párrafos que son elocuente

muestra de todo lo que debemos tantos de nosotros al maestro y académico desaparecido, al consejero rector, al guía inicial de escritores peruanos desde los años de la década del 20, al humanista cuyo espíritu iluminó algunos de los senderos por donde hemos transitado hasta agosto de 1982.

Volvería a retomar el camino de su biobibliografía para repetir con otros cómo se inició con un libro primigenio "El alma de Tacna", donde puso el cariño por la tierra que tanto defendiera desde entonces, colaborando poco después en el periódico "Justicia" que proclamaba y mantenía los derechos peruanos a la reincorporación de Tacna y Arica en los históricos momentos de 1925-26; para continuar, con su ensayo citado sobre Góngora y culminar en una monumental monografía sobre Andrés Bello. Repetiría que su paso por las letras peruanas dejaron impreso su amor por nuestra literatura en el bien trabajado —diríamos mejor labrado— discurso sobre Luis Benjamín Cisneros, en homenaje rendido por la Facultad de Letras de la U.N.M. de San Marcos en un enjundioso estudio sobre Felipe Pardo y Aliaga y en su libro sobre "Cien años de Literatura"; y que en ese paso fue ahorrativo en extensión, pero intenso en su entraña conceptual, y brillante en el decir con el lenguaje preciso y diáfano, cargado de imágenes cuidadosas y destellantes.

Su tarea en la Academia Peruana de la Lengua fue vigorosa y constante ... Secretario Perpetuo por casi cuarenta años mantuvo la tradición de ella al par que fue partícipe de sus innovaciones. Y le tocó presidir en Lima, como Director, el Congreso de Academias de la Lengua Española, en 1980, que tuviera tan resonante eco en todos los países de nuestro hablar común. Al par, supo conducir con indudable maestría la Comisión Lexicográfica, hasta culminar su obra con el repaso de peruanismos que han enriquecido y pueden enriquecer en el futuro el Diccionario

de la Lengua Castellana. Nada quedaba por cumplirse en la labor que asumía. Y así podemos hoy señalar que en aquello en que actuó su obra fue de perfeccionamiento en conjunción y acabamiento. Le debemos tanto que no sabemos por dónde comenzar o terminar nuestra gratitud. Fue maestro en todo y como maestro nos dio la lección de su muerte serena, imperturbable y esclarecedora de una vida cumplida para ser vivida y recordada.

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON
CARLOS GERMAN BELLI

(Sesión pública del 23 de abril de 1982)

LA POESIA DE JOSE MARIA EGUREN

Por Carlos Germán Belli

Señor Director de la Academia Peruana de la Lengua;
Señores Académicos;
Señoras y señores:

En esta fecha en que se celebra el Día del Idioma, de tan especial significado para todos, y en la presente ocasión tan inmerecida para mí, permítaseme primeramente manifestar un sentimiento que siempre he albergado, como es la perenne e íntima satisfacción de hablar y escribir en español. Sin duda, motivo de infinito regocijo secreto que de por sí atenúa las pesadumbres y la perplejidad que acarrea el arduo y enigmático vivir. Evidentemente, no depara otra cosa el hecho de poder relacionarse en el seno de una prominente comunidad idiomática, cuya importancia no cesa de aumentar. Más aún, poder disfrutar uno de los mayores legados literarios de la humanidad, por fortuna accesible a nosotros directamente y a plenitud, sin el auxilio de la traducción, casi siempre tan preñada de dudas para el lector atento.

Sin embargo, tal entrañable complacencia puede ser ensombrecida por la incertidumbre en el uso de nuestra lengua, como es mi caso personal. Por ello, resulta inescusable, en estas circunstancias, confesar la crónica irresolución que me acosa en los instantes de la escritura, cada vez que encaro el vacío de la página en blanco. Esta inseguridad atávica, quizás por mi condición de hispanoamericano, me ha llevado a la sistemática lectura de los poetas españoles de los Siglos de Oro, en el doble acto de un adiestramiento literario sui géneris y una especie de táctica terapia lingüística, con un propósito de enseñoramiento del idioma, que ha resultado por cierto vana pretensión.

Permítaseme igualmente reconocer una antigua deuda contraída en el curso de mi retorno a las fuentes, y mentar el nombre de Francisco de Medrano, a cuyos versos acudí durante años día a día, en busca de cobijamiento. De tal suerte, este casi desconocido poeta sevillano del siglo XVI, perteneciente a la escuela salmantina, probablemente nunca se imaginaría que, cuatro centurias después, su impecable manierista iba a ser modelo para un remiso hispanohablante de ultramar. Pero no sólo razones de reconocimiento me obligan a mencionar al horaciano Medrano, sino porque en él se observa más de una marcada similitud con José María Eguren, cuyo imperecedero recuerdo nos ha reunido esta noche. Pues uno y otro están tocados a fondo por el espíritu estético; por igual rechazan la fecundidad embaucadora, como autores de una corta obra; y ambos obsesivamente ponen énfasis en cultivar el texto como una experiencia del lenguaje.

José María Eguren fue el eje de dos círculos concéntricos: el de su vida y el de su obra. Uno y otro girando sobre un mismo punto, personificado por el propio poeta. Por un lado, una sola ciudad como perímetro permanente para sus andanzas y actos físicos; por otro, un espacio mental que contiene un estilo único, encarnado en una serie

de ideas fijas. Una pareja de círculos yuxtapuestos hasta constituir finalmente uno solo, que bien puede representar la figura de un mandala cuya composición denota el espiral de los días y los versos, estrechamente unidos sobre el fondo del inexorable destino y el viscoso subconsciente.

Eguren nació en Lima, en lo que hoy es el sector viejo, y de esta última Thule jamás salió. Es un empedernido viajero imaginario, que circunnavega maquinalmente alrededor de mitos y otras manifestaciones de culturas remotas, en estricta elección según los dictados de su ser, sin la menor concesión a nada. Pero cabría una salvedad: ama la naturaleza con fervor de paisajista, la cual descubre desde muy pequeño en la hacienda de sus padres, situada en los alrededores, donde transcurre parte de su infancia. Luego, andando el tiempo, el escenario marítimo de Barranco —el balneario de estilo *Art Nouveau*— en el que residirá más de treinta años, en compañía de dos hermanas solteras. Y, nuevamente, la experiencia campestre, si bien en horas no tan gratas, cuando suele marchar a campo traviesa para cumplir con sus labores de bibliotecario en el Ministerio de Educación, que fue el único trabajo material que ejerció.

No era de los hombres que vagabundeaba por campos y bosques, con un rifle de caza al hombro, como habitualmente ocurre en todas partes. En cambio, lo hizo tal vez con una libreta de apuntes en la mano, registrando sus impresiones al instante bajo el impulso de la inspiración. Sus pasos convergen con los de otro nómada, semejante a él —de su misma raza espiritual—, que va caminando también a campo traviesa en las antípodas de donde discurre Eguren. Ambos, de repente, intercambian una mirada de reconocimiento mutuo. Es Malcolm de Chazal, escritor visionario oriundo de la Isla Mauricio, en el Océano Indico, para quien el arte y la naturaleza constituyen uno de sus métodos dirigidos a descubrir la verdad suprema. Eguren,

igual que Malcolm de Chazal, piensa y habla permanentemente acerca de la naturaleza como si su vida interior se entrecruzara con la vida exterior, y tal es su efusión que parece que todo el mundo natural pensara y hablara por él.

Lógicamente, quien gobierna su arte y su existencia con reglas, tradiciones y prohibiciones tan precisas, es inevitable que se convierta en un excéntrico. El joven burgués limeño, como por una maldición, se va sumiendo en el ocaso. Lamentablemente, es un excéntrico también en la república literaria a la que pertenece: no le alcanza la celebridad que podría haber compensado en algo sus sinsabores. Es el escritor segundón que, como el burgués en decadencia, tampoco cuenta para nada en el orden del espíritu. La obra le falla por culpa de la vida. La vida le falla por culpa de la obra. Sea como fuere, es un verdadero convidado de piedra en el seno de un pueblo primitivo y rural.

El sensitivo Eguren, a diferencia de otros, no opta por el violento suicidio, ni la extinción a pausas, ni la inesperada y definitiva fuga. En vez de ello, se desliga o se empina sobre las normas vitales y sociales. Es un abstencionista de la realidad cotidiana, semejante a los jóvenes italianos del movimiento crepuscular, que vivían en Roma y Turín, asediados por parecidas fobias, en el umbral del nuevo siglo, que ya dejaba vislumbrar una civilización ruidosa e inusitada. En verdad, nada más simple que su vida. En una recapitulación autobiográfica, fácilmente hubiera podido plagiar la escueta semblanza que sobre sí mismo escribió Pierre Reverdy, el poeta francés un poco menor que él; y que bien podría haber sido como sigue: "José María Eguren, nacido en Lima el 7 de julio de 1874. Ni viajes, ni aventuras, ni historias, pero ¡qué de historias!". En efecto, se la pasa a la sordina, amando a la distancia espiritualmente a las prestigiosas beldades

de la ciudad, presiguiendo tenazmente quimeras infinitas, en fin, emparedado en una invisible torre de marfil.

En la cima de ella flamea una banderola, en que se alcanza a leer la siguiente frase: *Siempre a lo desconocido*, el lema aquel que abraza y que el propio Eguren lo revela en unas concisas declaraciones a una revista limeña. De tal modo, para descifrar los arcanos no se lanzará por el dédalo de las calles, librado al intempestivo azar, en pos de una mujer sobrenatural, según la moda de aquel entonces. Por el contrario, queda en su ebúrnea torre, fálica como el árbol, empeñado en elevarse hacia los aires, en busca de la solución de los enigmas.

Eguren, escudriñador de lo recóndito, y para quien la principal vía de revelación es la noche, en cuya oscuridad clava todos sus sentidos y a toda hora del día, es el culto a la noche tan ardoroso como el que profesan los adeptos del Sol, como lo proclama él mismo en un verso: *la noche quemadora de la mente*. Pero su devoción presenta varios grados de intensidad. Es tiempo propicio para la tristeza y el recuerdo doloroso, y apropiado para que pase el cortejo de las pompas fúnebres:

Espera la noche, espera;
que oscura vendrá la noche:
y con vagos sonos lejanos
oirás de la muerte el coche.

(Cuarta noche)

Desde luego, la muerte no es muerte sino vivificación: los difuntos amados no regresan como fantasmas espantosos sino enaltecidos con *celestía en el semblante*; no como seres mudos sino aptos para hablar hasta con las flores. El culto nocturno se convierte en un proceso intelectual: escalar el recinto de las estrellas no es sólo escu-

driñar pasiva e infructuosamente lo desconocido, sino observar señales concretas de la verdad suprema:

Que así viene la noche trayendo
sus causas ignotas;
así envuelve con mística niebla
las ánimas todas.

(Nocturno)

Eguren comienza a escribir en los tiempos del modernismo, y en vez de asumirlo en bloque, elige únicamente una de sus tendencias. Por sobre todo, se siente simbolista, profesión de fe que, según parece, nadie abraza en estas latitudes. En él el distingo no es un prurito más de aislamiento o singularidad; y, en cambio, quizás un motivo profundo que responde en rigor a su gusto estético. Es tal la permeabilidad al espíritu nuevo, lo cual hace que descubra con certeza su identificación con el simbolismo, del que justamente brotará buena parte de la lírica futura. Si bien abiertamente disociado del presente, Eguren resulta a la postre sensible a algunas de las manifestaciones de última hora.

La escuela modernista no era simplemente una corriente más, que venía a ocupar el lugar del alicaído romanticismo, sino un crisol en que se refunden, con raro vigor, el parnasianismo y el simbolismo, cimientos de la poesía francesa reinante. Pero las transformaciones no se realizan en los cenáculos de Madrid, sino en el remoto Nuevo Mundo. Es la primera revolución literaria desencadenada desde aquí, en virtud de la cual la estatuaría forma parnasiana se encarna en el sugerente fondo simbolista.

Está establecido que la historia del modernismo va de 1885 a 1910. Más o menos cuando Eguren compone su libro inicial *Simbólicas*, y que tardíamente publicará recién en 1911. Por cierto, su biografía y su escritura registran

los peculiares rasgos modernistas. Así, indesmayable héroe del arte y no de la acción; escritor de versos que son resultado de una conciencia culturalista y señal de una férrea vocación de estilo. Naturalmente, luce el denominador común de la escuela: vocabulario sofisticado, renacimiento del pasado, propensión al exotismo.

Las coincidencias se disipan repentinamente. Pues lo que prima en Eguren es la afición por el simbolismo, que lo lleva a convertirse en un adepto hispanoamericano, en la segunda etapa de este movimiento. Lo fue de motu proprio, sin militancia, ni lazos amistosos, ni carteándose con los dioses del olimpo parisiense. Ni tampoco el tradicional peregrinaje bajo el absoluto anonimato, para observar de lejos en el bulevar o el café, furtivamente, a sus maestros admirados.

No colabora en ninguna de las ciento treinta revistas que salen a luz una tras otra entre el año 1886 —fecha del primer manifiesto simbolista firmado por Jean Moréas— y el año 1900. Ni fue nunca miembro de esos clubes o subescuelas pintorescas, como los Hidrónicos, los Hirsutos o el Gato Negro, que operaban en París por entonces. Encuentra sí la fuente exacta y adecuada, el estilo a su medida, cuyo ejercicio le permite penetrar en la zona que existe al otro lado, y revelar los misterios que allí se ocultan.

El tema del caballo constituye acaso la línea divisoria entre Eguren y el modernismo. ¿Qué contrapone al célebre poema de su coetáneo y amigo José Santos Chocano, sustentado en la musicalidad parnasiana, y en que el rotundo perfil de los corceles se recorta sobre el horizonte de la historia? Nada más que el espectro de un caballo, que retorna desde las entrañas de la muerte al globo sublunar, a través de la economía verbal de cuatro cuartetas de arte menor:

Viene por las calles
a la luna parva,
un caballo muerto
en antigua batalla.

Sus cascos sombríos...
trepida, resbala;
da un hosco relincho,
con sus voces lejanas.

En la plúmbea esquina
de la barricada,
con ojos vacíos
y con horror, se para.

Más tarde escuchan
sus lentas pisadas
por vías desiertas,
y por ruinosas plazas.

(*El caballo*)

Únicamente, una composición minúscula, en que irrumpen de súbito un caballo fantasmal, y un espacio que no se sabe si es de acá o de ultratumba, probablemente como una indeliberada imitación de las pinturas del estilo metafísico que surgía por esos días.

Pero el disentimiento de Eguren con el modernismo en general y con sus coetáneos en particular, aún se hace más notorio en la *Marcha fúnebre de una marionette*, que parece escrita a contrapelo de la *Marcha triunfal* de Rubén Darío:

Suena trompa del infante con aguda melodía...
La farándula ha llegado de la reina Fantasía;
y en las luces otoñales se levanta plañidera
la carroza delantera.

Pasan luego, a la sordina, peregrinos y lacayos
y con sus caparazones los acéfalos caballos;
va en azul melancolía
la muñeca. ¡No hagáis ruido!;
se diría, se diría
que la pobre se ha dormido.

(*Marcha fúnebre de una marionette*)

En lugar de los impecables versos anfibracos darianos, pies tetrasílabos de acentuación algo vacilante; en vez de una marcha triunfal, una marcha fúnebre; la victoria y la gloria reemplazadas por la parca, y los vigorosos caballos guerreros por unos avergonzados caballos sin cabeza; en suma, el mundo convencional reducido a la farándula, a seres ridículos y viejos, a una deleznable muñeca de madera, que a duras penas personifica a la fantasía prematuramente extinguida.

El vivir entre los dos siglos hace que Eguren sea receptivo a los primeros atisbos del arte moderno. La muestra más evidente es su *Canción cubista*, poemita decididamente de vanguardia, que sugiere la metrópoli contemporánea, y que es como una adición final a su obra. Fue publicado primero en una revista limeña e inserto después en las páginas de *Rondinelas*. Esta curiosa pieza prueba que el simbolista a ultranza estaba atento a las corrientes estéticas nuevas, y hasta dispuesto a experimentarlas.

Eguren suele girar hasta la saciedad alrededor de determinadas ideas. De tal manera sus fijezas le imprimen la fuerza del impulso, que lo estimula a avanzar hacia la realidad invisible. De él puede decirse que nunca pasó ni un día sin dar un paso en dirección al misterio, como los escritores fecundos que no dejan pasar una jornada sin escribir una línea. Descendiendo o volando hacia lo escondido, está facultado para hacer surgir sobre el espacio de

la página un verdadero coto mental, que no llegará a exceder los límites de tres breves libros de versos: *Simbólicas* (1911), *La canción de las figuras* (1916) y *Poesías* (1929), que es una selección de los dos primeros volúmenes, a la que se añaden las nuevas colecciones de *Sombras* y *Rondinelas*.

La rotación de los pensamientos termina por transformar la torre de marfil en una atalaya, más aún, en un mirador —como lo revela el propio Eguren—, desde donde el viajero imaginario, durante las horas del sueño y la inquietud, observa el horizonte guiado por un solo objetivo: perseguir imágenes desde lo más alto, con la diamantina pupila del cazador y a la vez con la movilidad del peregrino:

.....
por la noche de los matices
de ojos muertos y largas narices;
en el mirador distante,
por las llanuras;
Peregrín cazador de figuras,
con ojos de diamante,
mira desde las ciegas alturas.

(*Peregrín cazador de figuras*)

Lo que alcanza a ver la retina espiritual es transmitido al momento por la pluma, a través de las figuras retóricas, tan caras a la imaginación, preferentemente mediante el símbolo, recurso literario casi tan viejo como el hombre, y por el cual el mundo metafísico desplaza al mundo físico.

Tocado por la maravilla, el misterio y la noche, Eguren no ceja en el deseo de orientarse hacia la vida superior y eterna, trascendiendo los confines de lo sensible. El punto de partida es la existencia inmediata —a veces quizás por un episodio traumático—, y tiende al reconocimiento de

las cosas secretas, el más allá, el Absoluto. Juan Eduardo Cirlot dice que la función del símbolo es cruzar el umbral de lo desconocido y establecer, paradójicamente, la comunicación con lo incomunicable. Precisamente, *Siempre a lo desconocido* reza la divisa de Eguren. En consecuencia, la desconcertante frase no era un jactancioso lema personal, ni menos pura letra muerta; en cambio, se manifiesta por entero a través de la constante expresión simbólica.

Es el escritor recóndito por propia naturaleza. Por una parte, empeñado en revelar el ámbito inescrutable, sugiriendo o evocando; por otra, una tenaz voluntad de apartamiento al emplear un vocabulario singular. Es un hecho osado forjarse para sí un léxico particular, que esté en correspondencia con la imaginación desbordada. Ese hombre de letras que comienza a discutir tímidamente, llega a situarse por encima del bien y del mal lingüístico, esto es, constituyendo su propio universo verbal, a espaldas del severo casticismo milenario. Sin más rodeos, en lugar de la pureza, opta por la rareza idiomática, inclinándose por voces de sentido y sonido inusuales, como cumpliendo a pie juntillas su divisa. Pero no sólo por un propósito de reconditez, sino igualmente por su afición a la eufonía del vocablo y, claro está, por su inclinación al arte de la música, patente en alusiones distintas que reflejan su carácter de melómano.

Seguramente quedará perplejo quien por primera vez se aproxima a esta poesía. El desconcierto cunde por la sucesión de voces extrañas que afloran en muchas partes y que exigen forzosamente la compañía de un glosario ad hoc. Sin embargo, las arbitrariedades no producen una escritura espuria, sino más bien refuerzan el sonido y hacen aún más sorprendente la atmósfera de la composición. Por ejemplo, Eguren incrusta palabras extranjeras en pleno texto, y aun en su grafía original. Así, no duda en emplear un italianismo para expresar el vocablo *mu-chacha*:

En el lecho mullido la inquieta
fanciulla reposa
y muy grave su dulce, risueño
semblante se torna.

(Nocturno)

O bien desdeña nuestra voz *nariz*, y la reemplaza con su equivalente francés, que es un monosílabo casi imperceptible:

Las princesas rubias al triste pelege
festivas marean en cálida ronda;
y loco se duele,
veloz acompasa la giba redonda
y los cascabeles, la turbia mirada,
la nez purpurada.

(El pelege)

Y tal es su temple verbal, que lo lleva a modificar con toda liberalidad la propia forma de la palabra castellana, al arbitrio de la necesidad estilística. Entresaquemos un término de indiscutible cuño egureniano, y como tal el más representativo de todos, que es como si resellara su razón de vida en virtud de este admirable cambio morfológico. Tal como Eva que sale de la costilla de Adán, el novedoso sustantivo *ignotía* brota del adjetivo *ignoto*, por exclusiva voluntad de Eguren:

Del hondo pozo
lleno de sombra,
las citas ciegas
salen llorosas.

Con la ignotía,
con el marasmo
de sus perdidos
ojos sellados.

(Las citas ciegas)

La peculiar estructura lingüística registra una contrapartida a nivel de la estructura simbólica, en similar frecuencia e importancia. La asiduidad de las rarezas idiomáticas tiene una correlación en la serie de personificaciones poéticas. Se ha determinado hasta sesenta y nueve personajes de diferente naturaleza, desde infantiles e históricos hasta abstractos, imaginativos y alegóricos. Así como el lenguaje selecto produce el alejamiento del autor, las personificaciones le proporcionan una nueva posibilidad de ocultación. Por lo demás, el fervor simbolista del poeta peruano nos hace recordar que en esta escuela es frecuente la concretización de lo abstracto, hasta llegar muchas veces a la personificación.

¿Por qué el afán personificador en Eguren? Se dice que, originalmente, tales poemas los realizó para sus pequeños sobrinos, más o menos con el mismo fin que el cubano Mariano Brull, quien a la sazón escribía sus composiciones denominadas *jitanjáforas*, a base de sonoridades, para que sus hijas las recitaran a las visitas. Pero, por cierto, el simple pretexto infantil inicial responderá luego a causas mucho más complejas. El autor llega a encarnarse en el personaje que crea, en tácita identificación; y tras él se oculta por completo porque este mecanismo de síntesis le permite sugerir en lugar de explicar o nombrar directamente.

Podemos apreciar ahora un específico caso de personificación de las cosas, en que la realidad objetiva se transforma al contacto del yo, asumiendo el signo humano. En efecto, en los siguientes versos, las erguidas torres se trans-

figuran en reyes que combaten en una lid campal hasta morir:

Brunas lejanías...;
batallan las torres
presentando
siluetas enormes.

Aureas lejanías...;
las torres monarcas
se confunden
en sus iras llamas.

Rojas lejanías...;
se hieren las torres;
purpurados
se oyen sus clamores.

Negras lejanías...;
horas cenicientas
se obscurecen
¡ay, las torres muertas!

(Las torres)

En cuatro cuartetos, en que es permanente la figura retórica de la reticencia, el discurso poético se desarrolla ajustadamente, produciéndose una visión concentrada de los objetos y una alta saturación cromática. Las torres convertidas en gigantescos monarcas, contraponiendo sus desmesuradas siluetas al telón de fondo de la lontananza, cuyas tonalidades van puntualmente variando. En bloque, el breve poema parece destinado más a la contemplación que a la comprensión; y, justamente, lo que se percibe en un primer plano es un doble proceso de gradación: el de las torres y el de las lejanías, lo uno y lo otro convergiendo en la muerte.

En general, en el conjunto de las personificaciones egurenianas se nota que el ambiente queda reducido a un endeble tinglado, poblado de seres grotescos, entidades abstractas o cosas inertes, humanizadas todas, como fantoches o papeles; en tanto que la vida solamente llega a ser una farsa, una comparsa y, probablemente, muchas veces un desagradable episodio. Lo denota así este fragmento:

En la casa de las bagatelas,
vi un mágico verde con rostro cenceño,
y las cicindelas
vistosas le cubren la barba de sueño.
Dos infantes oblongos deliran
y al cielo levantan sus rápidas manos,
y dos rubias gigantes suspiran,
y el coro preludian cretinos ancianos.
Que es la hora de la maravilla;

.....

(*Las bodas vienesas*)

En los últimos años, Eguren elige la prosa y escribe un repertorio de artículos titulado *Motivos*, que es indudablemente la doctrina de sus versos y que alcanza a ser una definida prosa poemática. En esencia, una suerte de cabal misticismo estético, por el que logra salvarse del reclutamiento social, desligándose de la materialidad de los días, y haciendo que el arte sea carne de su propia carne. Desde el 19 de abril de 1942 —fecha en que falleció— los círculos de su vida y de su obra se unen en uno solo, como un sumo símbolo de la existencia. A partir de entonces discurre en la esfera de la Eternidad, que desde las ventanas de su casa terrenal ni una sola vez dejó de escudriñar.

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON JAVIER SOLOGUREN

Muy escasas son las experiencias que como la obra de Carlos Germán Belli se producen de un modo tan vital y tan trenzado con las raíces de la creación poética. Pues en ella vivencia y lenguaje se dan en una unión necesaria, hecho en que lo humano se sorprende a sí mismo e implica, a su turno, al lector o al oyente: al hombre en primera y última instancia. Trazándose frase a frase su propia ruta, Belli ha sabido inventar un mundo incuestionablemente *sui generis* en sustancia y forma, tal como su verdad de origen lo requiere, es decir, articulado a nivel de la conciencia vigilante, por herida, y de la consiguiente protesta que, pese a su amagura, deja entrever la fundación de su esperanza:

Pues estás como dura ostra fijo,
sin que nadie te llame y te descorra
el plumaje del ave, hermano mío.

[...]

A similitud de los manantiales
que brotan de repente
de la roca más dura
en medio del ozono azul del viento,

la revuelta te dará facultades
para hablar,
escribir
y andar sobre las nubes,
más una chispa de hulla a la mirada.

Son fragmentos de *Poemas* (1958), su colección inicial en la que surgen, con plenitud que los consecuentes libros habrán de mantener y acrecentar, las motivaciones más hondas, más reiteradas: la entrañable y solidaria participación en el medio familiar; el sentimiento de vivir a disgusto, de no hallarse bien (tal como uno de sus versos lo dice: *no me encuentro en mi salsa*) en un mundo que frustra y avasalla, margina y envilece; la denuncia de esta injusta situación, la rebeldía que dice su palabra en todos los tonos de la exasperación y con los punzantes toques de un humor peculiarísimo. Todo lo cual ya se encuentra en germen en "Segregación N° 1":

Yo, mamá, mis dos hermanos
y muchos peruanitos
abrimos un hueco hondo, hondo
donde nos guarecemos,
porque arriba todo tiene dueño (...)

Dentro & Fuera (1960) desarrolla ciertos procedimientos formales propios del letrismo, ya practicados en *Poemas*, a la par que va intensificando la tensión emotiva y la ironía concomitante. Y es en este breve cuadernillo donde, por un crecimiento imbricatorio característico de la producción belliana, se halla "¡Oh Hada Cibernética!", poema que, además de darle título a su tercer libro, da voz a una de sus más vehementes y hermosas impetraciones:

Oh Hada Cibernética
cuándo harás que los huesos de mis manos
se muevan alegremente
para escribir al fin lo que yo desee
a la hora que me venga en gana
y los encajes de mis órganos secretos
tengan facciones sosegadas
mientras la sangre circule como un bálsamo
a lo largo de mi cuerpo.

A ¡*Oh Hada Cibernética!* (publicada en 1961 y 1962), se añaden *El pie sobre el cuello* (1964) y *Por el monte abajo* (1966), todos los cuales se reúnen en *El pie sobre el cuello* (Montevideo, 1967); vendrá luego *Sextinas y otros poemas* (Santiago de Chile, 1970) y, valiéndose de nuevo de una denominación ya ampliamente prestigiada y por tanto fácil de identificar, publicará su antología personal ¡*Oh Hada Cibernética!* (Caracas, 1971). En Lima y en 1979, aparecerá una selección de diez poemas suyos realizada por él mismo, bajo el título de *Asir la forma que se va*. En esta antología, Belli adelantaba seis poemas de un libro suyo que vería la luz en México y en ese mismo año: *En alabanza del bolo alimenticio*. En estos días, leemos otros que, con el título de *Canciones y otros poemas*, están próximos a aparecer en libro.

Esta escueta e imprescindible noticia bibliográfica dice sin duda alguna de la creciente gravitación hispanoamericana de la poesía de Carlos Germán Belli.

Hay obras que se distinguen por un paulatino adelgazamiento, por un trazado angular en busca de un vértice cada vez más agudo; otras, en cambio, mantienen un desarrollo plurilineal, arbóreo; sus ramas avanzan, se abren en otras tantas, se alejan del tronco, pero jamás lo abandonan. De esta suerte es la poesía que Belli va creando. Por ello, su núcleo temático no se angosta; se diversifica. Así, pues,

las vivencias del subsuelo de la condición humana dan nacimiento a las condicionadas por el medio social y humano de nuestro aquí y nuestro ahora, las mismas que se expresan por mediación de imágenes dotadas de un fuerte y patético acento visual como son las del avasallamiento y las de la enajenación burocrática, del mediocre empleo que recorta cruelmente sus más caros proyectos vitales. En "Amanuense" se realiza, cabalmente, a modo de nudo temático, esta situación:

Ya descuaajeringándome, ya hipando
hasta las cachas de cansado ya,
inmensos montes todo el día alzando
de acá para acullá de bofes voy,
fuera cien mil palmos con mi lengua,
cayéndome a pedazos tal mis padres,
aunque en verdad yo por mi seso raso,
y aun por las lonjas y levas y mandones,
que a la zaga me van dejando estable,
ya a más hasta el gollete no poder,
al pie de mis hijuelas avergonzado,
cual un pobre amanuense del Perú.

La amarga desmesura de los rasgos, la propia proyección paródica que el texto lanza, constituye uno de los recursos distintivos de que se vale el poeta a menudo.

Hay un solo tema, un grande y dramático tema, en toda la poesía de Belli: la injusticia victimaria. Injusticia que se ejerce por modos y en planos diversos, numerosos y evidentes, desde los dones y daños que el azar del nacimiento trae aparejados hasta los que la vida natural y comunitaria va infligiendo ciegamente y día a día al hombre. Las variaciones de ese tema único son creciente repertorio de los 'golpes de la vida' que Belli se empeña en denunciar con patéticas tintas, esguinces humorísticos, ironía y burla

corrosivas. Estas son sus armas, las que esgrime contra el absurdo, y a favor de lo que debería ser nuestro y se nos niega.

Frente a esta temática fundamental, la lectura del texto belliano nos impone, por el contrario y de manera inmediata, de la heterogeneidad concertada de su habla y la consiguiente singularidad de su forma. Codo a codo, la vieja palabra y la novísima, la ilustre y la vulgar, la grave y la irreverente, la bienvenida de siempre y la inconveniente del momento, y un léxico desquiciado y barajado luego hasta descubrir su inconfundible y pertinente miscelánea. Por su parte, el orden de las palabras se sujeta con frecuencia a fórmulas —las cultistas— ya del todo abolidas pero que paradójicamente recuperan su sentenciosa expresividad dentro del contexto donde el artístico capricho del poeta se goza en colocarlas. Borrando las fronteras establecidas entre usos, jerarquías, escuelas y normas, Belli se hace de una cohorte de lo disímil, suscitando una suerte de sarcástica danza de la muerte que unce a todos y a todos arrastra.

Sus canteras son los clásicos castellanos y los del cancionero ('la perfección del orden') y la vanguardia poética, el surrealismo en particular, cuyas inusitadas y libres extracciones han contribuido a abrirle las puertas que dan a símbolos y sueños. Tal como lo dijo en una hermosa página acerca de su evolución creadora, después de quedar "encandilado por el surrealismo", "volví al viejo solar de mis antepasados, cuyos aposentos idiomáticos son tan sólidos, luminosos y sosegados; volví sí pero con la idea fija de llenar sólo mi faltriquera con la sabiduría que dan los siglos, para luego salir otra vez hacia la tierra de nadie". Y es así como, por si fuera poco, acerca mundos tan dispares como el bucólico (el género pastoril con su inventado estilo de vida) y el tecnológico de nuestros días, tan neoplástico como real .

Las cualidades de oficio, reveladas en una personalísi-

ma retórica; el agobio existencial, con visos teológicos o metafísicos; el clamor rebelde y la queja; la constante exploración de las potencias del lenguaje; el remonte de las corrientes poéticas; las simbiosis múltiples, todo ello instala la obra poética de Carlos Germán Belli en el centro de un origen, en ese punto preciso a partir del cual comienzan a contarse los pasos memorables.

Que la creación de nuestro poeta se abreva —parcial aunque muy característicamente— en las formas y procedimientos del Barroco español, es cosa que se aprecia de inmediato. Ya no lo es tanto el hecho de que, además, les devuelve a aquéllas, con la sobrecarga contemporánea, parte de su sentido epocal. La grave decepción (esa “pesada salud del desengaño” que el clásico advertiera) actúa como una permanente caja de resonancia tanto para sus experiencias individuales como para las de un hombre de nuestra época tan dramáticamente confusa y problematizadora, ambas por lo demás inextricablemente entretejidas. He aquí un ejemplo:

Que muy pronto mañana, y no más ya,
volar suelto por el etéreo claustro,
y al ras del agua y del voraz fuego,
bajo el gran albedrío deleitoso
de las cien mil partículas ocultas,
y deste bulto al fin sin nudo alguno,
liberado de litros,
metros y kilos viles,
que tras de tales cosas sólo hay,
como aferrado a las entrañas hondas,
atroz infierno o insondable abismo.

Por ser el último libro publicado por Belli, *En alabanza del bolo alimenticio* merece consideración especial. Varios son los asuntos y motivos que se han ido cristalizando en

las sucesivas etapas de su obra, sin que por ello los nuevos lleguen jamás a cancelar los precedentes, sino antes bien van dando pie para múltiples variaciones. *Alabanza* confirma de sobra este hecho y constituye una prueba más de la existencia de una sola gran fuente o matriz generadora de la poesía belliana. Tal vivencia —ya lo hemos señalado— es el sentimiento y la noción de la justicia que la condición humana —individual o comunitaria— conlleva raigalmente. Pero así mismo, se tiene la que compete al poeta como tal: el que explora, adivina o encuentra sentidos profundos. “Guardameta”, un poema de esta colección, extraño dentro de lo extraño de su estilo, impone la atmósfera rarefacta en la que Belli sitúa a su personaje, ese guardameta en cuya expectante vigilancia halla el doble de su actitud poética. La situación existencial del personaje —solitario en su búsqueda pertinaz— adquiera la consistencia de un símbolo significante de la condición del artista:

Y te olvidas por completo
de tí mismo y de tus deudos,
que están vivos y no son
este arco que tú vigilas,
[...]

mirándote todos mustios
cómo velas noche a noche
tu arco más inanimado
que la piedra, el agua o aire.

Todo poema de Belli es un razonamiento —una consideración explícita de las condiciones marginadoras— que progresa de modo ordenado y congruente. Nada, pues, más alejado de las deflagraciones deslumbrantes y anárquicas del poema surrealista, de sus calas súbitas en las revoluciones

ciones subconcientes, de su sorpresiva instantaneidad. Sin embargo, qué próximo parece estarlo por sus gustos manifiestos y su afán exploratorio (aunque este rasgo es común ciertamente a la vanguardia poética).

Por lo nuevo que *Alabanza* trae; por todo aquello que, siendo tan suyo, corrobora, Belli ingresa, para ocupar su sitio propio e inalienable, en ese cuadro de trazos barrocos y de colores de nuestro tiempo que componen poetas como Vallejo, Martín Adán y el colombiano León de Greiff. Un espacio de patética humanidad, de aventura creadora y de trágico y desconcertante humor.

Ocasionalmente, no han faltado alusiones a las posibles tangencias de la poesía belliana con la de Vallejo. Tengo para mí que éstas existen, pero no como influencias formales o temáticas, sino en aspectos que marcan en esencia toda gran poesía. Son éstos: originalidad e intensidad. Y ambos son atributos compartidos por ambos poetas. Quien ha leído, con la necesaria atención, el poema de Belli dedicado a su hermano Alfonso no puede menos que reparar que en esos versos palpita, con toda su humana dimensión y poder expresivo, una experiencia hondamente vivida y, por ello, dotada de alcance universal. Dentro de su obra, sin embargo, ese poema no es el único en producirse en tal sentido. Pero con él logra una plenitud y una altura que son la máxima cifra de su grandeza. Este es el poema:

Pues tanto el leño cuanto el crudo hierro
del cepo que severo te avasalla,
unidos cual un órgano se encuentran
desde el cuello hasta las plantas,
no sólo a flor de cuero,
mas sí en el lecho de tu propio tuétano,
que te dejan cual ostra
a la faz del orbe así arraigado;

y el leve vuelo en fin
que en el cerúleo claustro siempre ejerce
el ave más que el austro desalada,
¿cuándo a ti llegará?
mientras abajo tú en un aprisco solo
no mueves hueso alguno
ni agitas ya la lengua
para llamar al aire;
pues en el orbe todo viene y va
al soplo de la vida,
que pródiga se torna
para muchos y a no más otros pocos
áspero, vano o nada para siempre.

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON
ANTONIO CORNEJO POLAR

(Sesión pública del 27 de mayo de 1982)

LA LITERATURA PERUANA: TOTALIDAD
CONTRADICTORIA

Por Antonio Cornejo Polar

Señor Director de la Academia Peruana de la Lengua;
Señores Académicos;
Señoras y señores:

Creo que la emotividad más auténtica prefiere la medida, y hasta el silencio, a la elocuencia; por esto, permítase que sólo diga gracias a quienes fueron y son mis maestros y ahora, por obra de generosidad que es una nueva y humanísima lección, son mis colegas en la Academia Peruana de la Lengua. Gracias en especial a don Estuardo Núñez: hoy me recibe en la Academia al igual que hace más de quince años me acogió como profesor asociado en su sapiente y rigurosa cátedra de San Marcos, esa Universidad de todos los peruanos, hecha durante siglos con las pasiones, las inquietudes y los ideales de la nación, y que ahora, agobiada de incomprendiones, exige el respeto, la solidaridad y la ayuda de todos quienes reconocen que en sus aulas se escribieron capítulos íntegros de la historia intelectual y social de nuestra patria.

El problema de la literatura nacional peruana

En los últimos años las ciencias sociales y las ideologías políticas han retomado como objeto de reflexión el problema de lo nacional en el Perú, y lo han hecho con énfasis, con brillo y con pasión; en cambio, la crítica e historia literarias hace mucho tiempo que abandonaron el examen orgánico de tal asunto, pese al carácter prioritario que tuvo en las décadas de los años 20 y 30, cuando se fundó la tradición que aún rige el desarrollo de estas disciplinas entre nosotros.

Es una despreocupación perjudicial no sólo porque contribuye al aislamiento de los estudios literarios en el momento en que precisamente las ciencias sociales y humanas asocian con mayor consistencia y provecho sus tareas, sino, sobre todo, porque significa la pervivencia de un modo inactual de entender lo que es (o no es) la literatura peruana. De aquí que se maneje consensualmente una imagen de nuestra literatura que deriva de una teoría literaria en gran parte superada por la evolución de la misma disciplina e incompatible en grado decisivo con otras teorías conexas, como las que son propias de la lingüística, la antropología, la historia o la sociología actuales; depende de una experiencia del quehacer literario que obviamente no puede consultar los últimos tramos del vivaz proceso de nuestra literatura, con lo que se cancela la enriquecedora opción de reinterpretar la tradición con las luces de la contemporaneidad; presupone un conjunto de alternativas ideológicas que deben ser materia de discusión siquiera porque su data las remite a contextos de realidad y cultura en buena parte ya inexistentes; y está condicionada, en última instancia, por factores sociales que se han transformado de manera sustancial con posterioridad al tiempo en que esa imagen de nuestra literatura fue modelada y asumida como verdad.

Es urgente repensar, pues, esta materia. Y puesto que las condiciones de producción y el carácter mismo del discurso crítico-histórico han variado decisivamente, no basta con propiciar una tarea de modernización rectificatoria: es necesario, más bien, proyectar el debate hacia las bases del asunto y discutir cuál es el campo y cómo se constituye el objeto de una reflexión científica sobre la literatura nacional peruana. Ciertamente se trata de un problema que no puede desligarse ni de un sistema teórico general ni de la particularidad del proceso de nuestra literatura; tampoco, como es obvio, de la circunstancia histórico-social desde la que se plantea. Es precisamente a partir de esta inserción concreta que tiene que repensarse el carácter de la operación literaria y de los espacios —como el espacio nacional— en los que se produce. Sería incongruente suponer el descondicionamiento de un trabajo intelectual cuyo sentido preciso es justamente el de reinterpretar desde y para este tiempo un proceso que aunque antiguo se acumula en la conciencia contemporánea.

Interesa entonces adoptar una perspectiva y articular categorías teóricas con conocimientos históricos. Se burlan así los riesgos de la falsa neutralidad, pues asumir un tiempo es asumir también su conflictividad social, a la par que se alejan los peligros del idealismo y del empirismo, peligros que, tratándose del estudio de una literatura nacional, implican en el primer caso la esencialización de sus dos términos, como si la literatura no fuera cambiante y la nación una fluencia continua, y en el segundo la simple recopilación de datos sin sentido orgánico ni procesal. Es en el espacio formado por la relación dialéctica entre teoría e historia donde debe fundarse una nueva concepción de la literatura peruana. A colaborar en este esfuerzo, que sin duda tendrá que ser colectivo, están destinadas las siguientes reflexiones.

La literatura peruana como literatura hispánica

Bajo la influencia de las historias de las literaturas nacionales europeas, la nuestra entendió desde muy temprano que sólo podría realizarse si lograba delimitar un sistema literario único y hasta homogéneo, suficientemente diferenciado como para merecer el calificativo de "nacional". En algunos casos este carácter unitario parecía surgir de la interpretación del proceso literario efectivamente producido en nuestro país; en otros, los más, se dibujaba como proyecto de evolución futura e incluía una suerte de preceptiva acerca de lo que debería ser, para ser genuinamente nacional, la literatura peruana. En cualquier forma, realizada o por realizarse, la unidad fue siempre la condición necesaria para hablar de literatura nacional en el Perú, sin que se analizara a fondo, salvo en el pensamiento de Mariátegui, la pertinencia de una categoría surgida de la experiencia histórica relativa a la consolidación de los Estados nacionales europeos, sin duda incomparable con la que está en la base de la formación y primer desarrollo de las repúblicas hispanoamericanas.

El acatamiento de esa condición forzaba a encontrar o siquiera a imaginar la coherencia de una literatura que en los hechos se mostraba más bien dispar y hasta caótica. Algunos autores, como Riva-Agüero y Prado, prefirieron la solución paradójica de restringir la literatura peruana a la escrita en español bajo la norma artística culta de Europa, englobándola al mismo tiempo, con carácter provincial, dentro del curso de la literatura de España. Solución paradójica, en efecto, porque a la par que desdibuja los límites externos de nuestra literatura, cincela —y con rigor muy firme— los internos: la literatura peruana sería así, únicamente, la de raíz, forma y espíritu hispánicos (con lo que quedan excluidas las literaturas indígenas) y la que obedece

al canon estético culto de las naciones europeas (con lo que se margina vastos sectores de la literatura popular).

Es obvio que en estos planteamientos subyace una doble negación: las literaturas excluidas del sistema nacional no tendrían ni valor artístico ni representatividad social; y también lo es, en otro nivel de análisis, que ambos juicios reproducen y convalidan ideológicamente el orden real de una sociedad cuyo poder mixturaba rasgos propiamente clasistas con otros de índole étnica. Desde la perspectiva de la oligarquía ilustrada era muy difícil llegar a otras conclusiones. Después de todo la violenta restricción del ámbito de la literatura peruana no significa más que la transposición a un plano específico de la cultura de una estructura social basada en una rigurosa y muy sólida estratificación jerárquica.

La literatura peruana como literatura mestiza

La corrección de este modelo se produjo de varias maneras y en distintos momentos, algunos muy tempranos, pero hay que reconocer que su pervivencia, aunque tácita, fue extensa y prolongada. De cualquier manera, la corrección fundamental vino vía la incorporación del concepto de mestizaje en el elenco de las categorías destinadas a explicar la índole de nuestra literatura. Ciertamente "mestizaje" es una palabra ambigua cuando se le aplica a producciones culturales, pero por encima de esta indefinición general lo que primó en su uso para fines histórico-literarios fue la pendular oscilación con que se valoraron los componentes que idealmente habrían de formar, a través de la síntesis, una nueva unidad.

No es ocasión de revisar las múltiples alternativas que entonces quedaron formalizadas, con brillantez y agudeza; pero, en cambio, sí conviene mencionar los hitos extremos: José Gálvez y Federico More, por ejemplo, para comprender

que el término "mestizaje" recubría interpretaciones disímiles y aun contradictorias. Basta recordar que para Gálvez lo indígena es apenas un matiz, en última instancia aleatorio, mientras que para More lo hispánico es aceptado no más que como una influencia perturbadora sobre el curso de la cultura indígena, ciertamente juzgada como fuente de la más auténtica peruanidad. Entre uno y otro extremo se sitúa el pensamiento de Luis Alberto Sánchez que por ese tiempo propiciaba la tesis del "peruanismo totalista", interpretado como armonización idealmente paritaria de las dos vertientes, hispánica e indígena, de la nacionalidad.

Las múltiples variantes de la tesis mesticista impiden asociar su producción a la conciencia e intereses de un grupo social determinado; sin embargo, no cabe duda acerca de su correspondencia con el vasto movimiento anti-oligárquico que venía gestándose, en el plano de la cultura, desde los días de la Reforma Universitaria. Se trata de un movimiento asimismo ambiguo; tanto, que de él surgieron, por un lado, las tendencias positivistas y neoidealistas del pensamiento burgués moderno, y por otro, las primeras propuestas marxistas o paramarxistas. Es obvio que pese al carácter antitético de una y otra opción, en ambas subyace la voluntad de alcanzar la legitimidad social, entendida en términos de representación del país como conjunto, que la oligarquía había dejado vacante por la naturaleza restrictiva y discriminadora de su ideología.

El empleo de la idea de mestizaje para dar razón del proceso y caracteres de la literatura peruana fue una superación indudable de las proposiciones anteriores; sin embargo, aunque con matices, mantuvo su *limitación fundamental: la de conceder exclusividad a la literatura culta escrita en español*. Es sobre esta estructura básica que se adicionan componentes poco significativos que pueden tener tanto resonancias populares, para flexibilizar el canon culto, cuanto ancestros indígenas, para mestizar la omnipre-

sencia hispánica, aunque en ambos casos las propuestas concretas fueran de una timidez casi candorosa: describir algunas costumbres o personajes típicos, evocar fastos legendarios del imperio, por ejemplo. Por lo demás, el uso de ciertos principios de la historiografía positivista, singularmente el relativo al imperio de la "psicología de las razas" en la configuración de los productos culturales, determinó que la base teórica de la propuesta mesticista fuera muy poco convincente.

Pero si la categoría de mestizaje no fue más que una corrección a la posture superficial de la tesis hispanista, en cambio, en el plano propiamente histórico, aportó una nueva y muy valiosa visión del proceso de nuestra literatura: incluyó a la literatura indígena prehispánica como etapa primera de la literatura peruana. Sánchez, Basadre y más tarde Tamayo, entre otros, otorgaron así a nuestra literatura una profundidad histórica impensable desde la perspectiva crítica representada por Riva-Agüero y crearon las condiciones para reinterpretar una literatura que evidenciaba, a raíz precisamente de esa ampliación, una complejidad notable y en más de un sentido desconcertante. La frontera que esta nueva posición historiográfica no pudo vencer, en gran parte por ausencia o ajenidad de los conocimientos acerca de la cultura indígena moderna, estuvo señalada por la aceptación implícita de la clausura, con la Conquista, de la producción literaria en lenguas nativas o la remisión al folklore de sus manifestaciones posteriores a esa data.

La crisis de la categoría de unidad: el caso de los yaravies melgarianos

Como queda dicho, la imagen de una literatura mestiza preserva el criterio de unidad del corpus de la literatura peruana, ya no por el drástico procedimiento de extirpar todo lo no concordante con el modelo hispánico, pero sí,

con mayor sutileza, mediante la cauta aceptación de ingredientes de otra filiación que, subordinados a la estructura hispánica básica, permiten imaginar una nueva forma de unidad, como producto de un proceso de síntesis, aunque en los hechos se mantenga un inocultable desbalance interior.

Sucede que con la categoría de unidad es imposible dar razón de la multiplicidad de los sistemas literarios que efectivamente se producen en el Perú, según se verá más adelante, pero también lo es interpretar correctamente algunas secuencias de nuestro proceso literario que de una u otra manera han quedado incorporadas al sistema de la literatura culta, como es el caso del yaraví melgariano. Un breve análisis de esta materia pondrá en evidencia los límites de la categoría de unidad.

Como se sabe, los yaravíes atribuidos a Melgar fueron displicentemente tratados por Riva-Agüero y reivindicados luego por historiadores como Sánchez en un debate que enfrenta al hispanismo con el mesticismo. Curiosamente esa reivindicación implica tanto un sagaz acierto crítico, en términos de valoración, cuanto una tergiversación del sentido histórico-literario de la experiencia poética melgariana. En efecto, los yaravíes o son marginados de la literatura de la Emancipación a causa de su corte temático exclusivamente intimista, sin percatarse que su raíz popular e indígena tiene más fuerza liberadora que la que anima a decenas de otras obras que cantan a la independencia pero se someten a los dictados de las poéticas ibéricas del momento; o, en caso inverso, cuando son asimilados al sistema literario de la Emancipación, quedan englobados dentro del proceso ideológico que se plasma en el triunfo de 1821, desconociendo que la base social que los condiciona no es propiamente la del movimiento criollo independentista, cuya poética orgánica siguió siendo la neoclásica, sino la que pertenece, no sin ambigüedades, a los levantamientos agra-

rios e indígenas que no lograron realizar históricamente su propio y distinto proyecto emancipador.

Este fracaso explica que la experiencia del yaraví melgariano no se profundizara ni enriqueciera y que, más bien, se agotara en la reiteración de un corto número de posibilidades y quedara por último encerrada dentro de un circuito solamente regional. Evidentemente otro habría sido el destino de los proyectos literarios de esta índole si la sociedad peruana rompe el vínculo colonial y varía su estructura interna bajo la hegemonía de los grupos sociales que quedaron subordinados, y hasta desplazados y sometidos, en el proceso triunfante en 1821.

Un malentendido similar se produce en la interpretación histórica del yaraví como precoz antecedente del romanticismo, que en el Perú fue una descolorida copia de su fuente europea, pues al proponerse esa ligación se desvirtúa su especificidad y su valor; esto es, su arraigo en lo popular y en lo indígena, doble filiación que se contrapone agudamente al carácter culto y europeísta de nuestra literatura romántica.

Es visible en estos casos la acción de un concepto de literatura peruana que sólo atiende a uno de sus lados y que por lo tanto, ante situaciones como las que plantea el yaraví melgariano, tiene que anular la peculiaridad de las disidencias para hacerlas compatibles con la unidad de un sistema diseñado a partir de un solo eje y en función del criterio de homogeneidad. Precursor de una independencia que no coincide exactamente con sus presupuestos ideológicos e iniciador de una escuela literaria a la que en el fondo se opone, el yaraví resulta entendido al revés, precisamente por lo que no lo distingue ni define. De aquí, complementariamente, la dificultad de la crítica para comprender que la experiencia del yaraví, aunque presidida por la extraordinaria figura de Mariano Melgar, tiene carácter colectivo y múltiple, propio de la poesía popular, lo que

con frecuencia hace imposible decidir sobre cuestiones de autoría individual.

Pero el yaraví es sólo una muestra, inquietante por cierto, de la inadecuación de la categoría de unidad para dar razón de los momentos literarios que suponen la acción de componentes heteróclitos incluso dentro del espacio que puede ser asimilado por el sistema de nuestra literatura culta. Sucede algo similar en lo que toca al indigenismo todo y a ciertas manifestaciones del costumbrismo y del criollismo, especialmente cuando su producción se inserta en la dinámica de la cultura de provincia. Por supuesto que esta inadecuación se transforma en impertinencia teórica cuando el objeto de reflexión trata de incluir a la otra literatura peruana, a la estrictamente popular y a la de los grupos étnicos marginados.

Mariátegui y la literatura nacional como espacio conflictivo

Con Mariátegui la problemática de la literatura nacional peruana comienza a ser tratada desde otra perspectiva teórica. Emplea al efecto dos criterios: uno, anotado fugazmente, señala el carácter no orgánicamente nacional de la literatura peruana y tiene que ver con el proceso íntegro de nuestra sociedad y nuestra cultura; el otro, referido a la periodización concreta del desarrollo literario, determina la existencia de un campo de contradicciones entre las tendencias colonialista, cosmopolita y nacional, cuya primacía, en distintos tiempos, permite una segmentación histórica que no deja de percibir el espesor en el que se sobreponen y combaten, como en la vida social, diversas fuerzas literarias.

Desde la concepción marxista que asume como punto de vista central de su pensamiento crítico, Mariátegui subraya estas tensiones y advierte, en un mismo movimiento hermenéutico, que no toda la literatura que se produce en el Perú es realmente nacional: algunas de sus manifesta-

ciones, como portadoras de sentidos coloniales o neocoloniales, resultan ser más bien, en este orden de cosas, antinacionales. Se imponen dos aclaraciones: de una parte, que para Mariátegui la literatura nacional es la negación de la literatura colonialista pero la superación de la cosmopolita, lo que explica su devoción por las vanguardias; de otra parte, que el carácter nacional es explícitamente asumido como un valor y que en su determinación se enfatizan los vínculos con lo popular y con lo indígena, comprendiendo que lo indígena es la plasmación más nítida de lo popular en el horizonte social que Mariátegui pudo experimentar. De aquí que en los *Siete ensayos* queden privilegiados los nombres de Melgar, Gamarra, Vallejo y los indigenistas que comenzaban a publicar en *Amauta* bajo el amparo, el estímulo y la orientación de su director.

Ahora bien: al margen inclusive del contenido de estos juicios, es claro que el aparato conceptual que actualiza Mariátegui pone en debate, y niega, el principio de la unidad del corpus de la literatura peruana. Divergencias y confrontaciones quedan en un primer plano como fuerzas dominantes de un proceso literario que se hace inteligible sólo en términos de polémica y contradicción. Esta otra alternativa hermenéutica es aún más visible en la afirmación de Mariátegui según la cual la literatura peruana, precisamente por sus contradicciones internas, no sería una literatura orgánicamente nacional.

Al señalar esta situación, y aunque Mariátegui no desarrolle pormenorizadamente tal perspectiva, queda inaugurada una nueva opción para entender el carácter y el proceso de la literatura peruana en función de su plural y cambiante diversidad. La categoría de unidad comienza entonces a contender con su opósito más inmediato y directo: la diversidad, al mismo tiempo que este otro rasgo definitorio inicia la búsqueda de su formalización teórica más certera y exacta.

La categoría de pluralidad: las literaturas peruanas

La imagen de la literatura peruana como un único sistema suficientemente integrado no resiste el peso de la evidencia contraria; esto es, la verificable existencia de varios sistemas y de su muy alto grado de autonomía. Basada en la pura observación empírica, que señala por ejemplo la obvia diferencia entre nuestra literatura culta y las literaturas en lenguas nativas, igualmente nuestras por cierto, esta interpretación se funda explícita o implícitamente en la categoría de pluralidad.

Detrás de esta categoría no se percibe aún una suficiente elaboración teórica, pues la evidencia empírica parece bastar, pero sí son importantes las investigaciones concretas que la suponen al deslindar sus objetos mediante cortes nítidos que cancelan inclusive la posibilidad de ligar, y explicar en esos términos, dos o más sistemas literarios, tal como sucede en los estudios sobre las literaturas en lenguas nativas que eliminan por principio toda consideración acerca de las relaciones, reales o virtuales, entre ese y otros sistemas de la literatura peruana. De esta manera nuestra literatura se concibe como un espacio neutro en el que coexisten con independencia varias y distintas literaturas.

Pero si bien la parquedad de la teoría que subyace en las investigaciones de esta índole podría hacer pensar que se trata en el fondo de una simple estrategia metodológica, lo cierto es que cabe remitir tales trabajos a determinados diagnósticos que las ciencias sociales han elaborado sobre la sociedad peruana, desde la tesis dualista hasta la del desarrollo desigual y combinado de los polos hegemónico y subordinado de nuestra sociedad, con lo que adquiere consistencia reflexiva, aunque en un orden que no es el de la literatura propiamente tal. La pluralidad literaria sería así no más que la reproducción, en un plano específico de la

superestructura, del carácter desmembrado de la sociedad peruana.

Por lo demás, en el proceso que conduce a la aceptación de la multiplicidad de la literatura del Perú, es fácil advertir tanto el gesto reivindicativo que acoge y justiprecia a las literaturas antes marginadas, cuanto la impronta de una vasta red de influencias que tienen que ver con los postulados de una teoría general de la literatura, que relativiza cada vez más sus juicios ante la evidencia del fluido rumbo de la literatura y de sus muy desiguales manifestaciones epocales y sociales; con los principios de la antropología actual, que anula cualquier posibilidad de jerarquizar las culturas y afirma en cambio la legitimidad de sus variantes más extremas; y, en último término, aunque en otro nivel, con los programas de los movimientos ideológico-políticos de descolonización, que fundan sus tareas precisamente en el respeto a la autonomía de las múltiples culturas grupales, nacionales o regionales.

La virtud más encumbrada de la interpretación pluralista consiste en ampliar y enriquecer sustancialmente el campo y el proceso de la literatura peruana; y hacerlo, además, de manera que coincide con la estratificación y variedad que caracterizan a la vida social peruana y le conceden, a la vez, tensión y plenitud. Su límite, en cambio, queda establecido por la paradoja inmersa en todos los planteamientos que, como éste, son fuertemente empíricos: describen con justeza una realidad, pero esa descripción repite su modelo sin lograr explicarlo. Obviamente se progresa mucho señalando que la literatura peruana acoge no menos de tres sistemas: el culto, el popular y el que hipotéticamente recubriría el campo de las literaturas étnicas, pero queda pendiente, aun si el análisis fuera mucho más fino, el descubrimiento de la legalidad que preside esta compleja multiplicidad y permite su intelección en términos de totalidad. En otras palabras: no basta trans-

formar un singular engañoso (la literatura peruana) en un plural efectivo pero opaco en lo que toca a su aptitud explicativa (las literaturas peruanas); se trata de comprender a fondo, mediante una categoría adecuada, la índole profunda de una totalidad que descubre su sentido sólo a partir de sus contradicciones internas.

La categoría de totalidad: teoría e historia

En la crítica central al concepto de pluralismo subyace una opción teórica que debe exponerse siquiera someramente, en sus puntos fundamentales. En lo que atañe a la epistemología se considera que las percepciones empíricas disuelven las imágenes ideológicas pero son insuficientes en términos de conocimiento científico; o si se quiere, para evocar las tesis althusserianas, que la ciencia más rectifica que confirma las evidencias que parecen surgir de la muda observación de los hechos: en el caso de la literatura peruana, la captación empírica de la existencia de varios sistemas literarios autónomos y en esa medida inteligibles dentro de sus propios marcos.

De otra parte, en lo relativo a la dinámica específica del conocimiento de la literatura, se afirma el carácter transitivo de su instancia explicativa, no porque la literatura carezca de especificidad, que por cierto la tiene, sino porque queda inscrita siempre dentro de procesos más amplios que son los que finalmente permiten su comprensión global; esto es, en sus plasmaciones textuales y en el proceso íntegro de su producción. No está demás señalar que concluido el auge de la crítica inmanentista, se reabre en óptimas condiciones la posibilidad de entender que ese proceso productivo, incluyendo su etapa de recepción, es el verdadero objeto de la disciplina literaria.

Por lo demás, cuando se proyecta la explicación de la literatura hacia procesos más vastos, que la envuelven y

condicionan y ella reproduce y hasta transforma, es claro que se trata del proceso histórico de una sociedad determinada. Al enfatizar el carácter histórico se evita el error en el que frecuentemente incurre la sociología de la literatura cuando inmoviliza y vuelve esenciales sus categorías de análisis, con lo que falsifica el sentido proteico de la literatura y sus múltiples, dinámicos e imprevisibles modos de inserción en una sociedad que no es nunca la misma.

La historia como factor totalizador de la literatura peruana

Es obvio que la existencia de varios sistemas literarios en el Perú no puede explicarse más que recurriendo a la historia general de la sociedad nacional. Si la Conquista fue la primera y más profunda escisión, superponiendo dos universos de racionalidades y valores incompatibles, la resistencia cultural de los grupos étnicos nativos, que hasta hoy preservan su identidad, aunque ciertamente muy transformada, determinó que ese dislocamiento no se subsanara: hoy mismo, aun reconociendo la existencia de nuevos y más eficaces canales de integración, las culturas indígenas siguen siendo distintas con respecto a la cultura moderna, de filiación occidental, que opera hegemónicamente en el Perú. Es esta tensión social, hecha de conquista y resistencia, la que soporta históricamente la existencia de los sistemas literarios que dibujan con trazos étnicos su alteridad.

De otra parte, en el plano propiamente social, el extremo rigor de la estratificación que troza a la sociedad peruana, genera la existencia diferencial de culturas —y de literaturas— que se definen por la situación y función que dentro de esa estructura estratificada tienen sus grupos productores. En la sociedad peruana la ruptura es brusca, honda y dramática porque desde 1821 hasta hoy no se ha producido un proyecto nacional suficientemente significativo

y englobante, lo que —en el campo de la cultura— conlleva la inexistencia de un consenso valorativo y conductual y hasta de una racionalidad compartida, como se comprueba con la proximidad y en algunos casos con la yuxtaposición de conciencias colectivas que hacen del mito o de la ciencia sus soportes fundamentales.

Merece destacarse un hecho: el fracaso de la educación, marcado a fuego por la persistencia de elevados índices de analfabetismo, importa el exacerbamiento de las diferencias entre una cultura oral y otra que es impensable fuera del ejercicio de la escritura. Naturalmente esta oposición de base, entre oralidad y escritura, que recorre e impregna la totalidad de la vida social y cultural del Perú, hace crisis en el espacio de nuestra literatura. No sólo implica dos modos incompatibles de producción literaria; implica también, en el sector de la literatura culta que quiere trascender sus límites originarios, revelando o reproduciendo lo que Ciro Alegría llamó “la sabiduría de los ignorantes” una tensión extrema que bien podría condensarse en esa imposible nostalgia de oralidad que nutre, con su utopía, a lo mejor de nuestra literatura: “así se dice en el Perú —me excuso”, leemos (lo que en realidad es palabra hablada) en un poema de Vallejo.

Sería gravemente erróneo, sin embargo, subrayar las diferencias étnico-sociales que históricamente desgarran a la nación peruana sin advertir, al propio tiempo, la acción vinculadora que ejerce, dialécticamente, ese mismo proceso histórico. Aunque sea experimentado y comprendido de distinta manera por cada clase social y por cada grupo étnico, la historia es una y envuelve a unos y otros con su red de condicionamientos genéricos. Todos los grandes acontecimientos, e inclusive algunos menores, repercuten en el cuerpo social íntegro y tejen una tupida malla de reacciones que, supuesta la desarticulación básica, intensifican y hacen más complejas las contradicciones, y son precisamente

las contradicciones las que garantizan la existencia y acción necesarias de los términos opuestos que las componen: son, por así decirlo, la naturaleza misma de la totalidad.

No sobra recordar, complementariamente, que es virtud del conocimiento científico, y carácter específico de su estatuto epistemológico, integrar las experiencias parciales, independientes en apariencia, para definir la coherencia mayor que la empiria desapercebe y la ideología tergiversa. En el vasto campo de las ciencias humanas y sociales, la historia parece ser la raíz última de esa totalidad hecha de contradicciones.

Aplicación de la categoría de totalidad: el caso de la literatura de la Conquista

Lo dicho hasta aquí encuentra su mejor ámbito de experimentación en la literatura de la Conquista, disgregada y heteróclita como ninguna. Por lo pronto, desde que las "versiones de los vencidos" pudieron ser reconocidas como sistemas literarios distintos pero tan coherentes como las versiones hispánicas del mismo hecho histórico, es imposible seguir recubriendo con esta sola literatura un espacio que con toda evidencia es sustancialmente más amplio, máxime si en el lado nativo se encuentran obras de espléndida y sobrecogedora grandeza como *Apu Inca Atawallpaman* y la *Tragedia del fin de Atawallpa*. No se trata, empero, de la yuxtaposición de dos corpus literarios ligados sólo por la identidad de sus referentes generales; ni siquiera, en el fondo, de la articulación de ambos mediante un sistema especular inverso que evidenció las contradicciones de dos conciencias convergentes en la insolitud de su mutuo descubrimiento.

Aunque este segundo procedimiento es necesario, pues fija el tramado sobre el que se dibujan los distintos sistemas simbólico-estéticos, la crítica sólo se legitima como tal en

cuanto pueda dar razón de la especificidad de éstos y de sus también específicas contradicciones. Después de todo ni la literatura hispánica ni la literatura indígena por separado, pero tampoco la confluencia de ambas en un espacio sin formalización estética, corresponden verdaderamente al objeto que se denomina literatura de la Conquista. Tal objeto espera aún un afinamiento teórico, pero, sobre todo, investigaciones concretas que descubran su funcionamiento real y sus articulaciones interiores, evidentemente mucho más ricas que las que emanan de la bimetración de más bulto, entre literatura hispánica y literatura indígena, pues es claro el desdoblamiento muy matizado de una y de otra. En este orden de cosas será necesario deslindar las versiones incas y huancas, por ejemplo, o en el otro extremo, para mencionar allí también sólo un caso, los relatos oficiales de las coplas de la soldadesca desengañada. Todo ello, y casos más complejos, como el de los primeros sermonarios en quechua, forma parte de la auténtica literatura de la Conquista.

La dificultad subyacente en toda esta problemática puede graficarse en asuntos concretos, desde la normatividad estilística basada en la comparación transcultural, que parece homologar todos los subsistemas en la misma necesidad de explicarse al otro, hasta la confusa y ambigua caracterización de personajes que, siendo los mismos, se trasladan de un sistema literario a otro y en cada uno asumen significados distintos. Así, por ejemplo, el temple épico de algunas crónicas hispánicas, celebratorias de la heroicidad personal del conquistador, adquiere un sentido completamente distinto, aunque no menos épico, a la luz de los relatos mitológicos indígenas que sacralizan a los conquistadores españoles interpretándolos como dioses propios que regresan a sus tierras para restaurar el orden de los tiempos primordiales, y más tarde, como es obvio, los desacralizan para entenderlos en su justa dimensión de

enemigos históricos. En este sentido, y aun en el plano formal de la construcción de personajes, el estudio de la literatura de la Conquista, como totalidad contradictoria, tiene que esclarecer el tránsito entre el héroe que descubre, el dios que retorna y que luego se trasmuta en el villano que depreda, si es que intenta comprender de verdad esta literatura hecha de conciencias entrecruzadas, hirvientes en una contradicción que supera el aislamiento de sus muy dispares componentes. Sólo una crítica que reasuma decisivamente el pensamiento histórico podrá dar razón de estos hechos.

Relaciones reales y relaciones virtuales

La categoría de totalidad se ampara en una extensa tradición reflexiva cuyos momentos culminantes están situados en el pensamiento de Hegel, Marx y Lukacs; sin embargo, en lo que toca a su empleo para revelar el carácter y sentido de espacios literarios definidos, como es el de una literatura nacional, no existen precedentes mayores. Tal situación explica que el aparato metodológico sea incipiente y tenga que evaluarse con constante rigor en busca de un nivel satisfactorio de eficiencia y verificabilidad. En este orden de cosas habría que detenerse en el análisis e interpretación de las relaciones que dan cuerpo a la totalidad. Algunas son virtuales y no requieren materializarse en el contacto efectivo entre dos sistemas literarios, pues derivan del condicionamiento común que los hilvana no empece su mutuo desconocimiento, como sucede ejemplarmente en la literatura de la Conquista; otras relaciones, en cambio, son reales y en esa medida pasibles de comprobación empírica, según puede observarse en las literaturas heterogéneas, de manera singularmente clara en el indigenismo, cuya producción hace coincidir y contender, hasta en el interior de un texto, fuerzas que provienen de universos socio-culturales disímiles y hasta opuestos.

Los sistemas culto y popular: el caso de los préstamos lingüísticos

Las relaciones reales, que forman el tramado más visible de algunas totalidades, tienen su lugar privilegiado en las intersecciones de varias índoles que ligan, sin obviar sus contradicciones básicas, a los sistemas culto y popular de nuestra literatura. Aunque ese vínculo podría ser observado en muchas situaciones de diversa naturaleza, dos bastan para delimitar los caracteres de la comunicación efectiva entre órdenes literarios distintos: de una parte, el empleo a destiempo de formas de la poesía culta por la poesía popular; de otra, el uso del lenguaje popular en la literatura culta. En ambos casos se trata de un complejo procedimiento de trasiego formal que, sin embargo, como es obvio, no se agota en ese estrato.

De esta manera, el mimetismo anacrónico de cierta poesía popular, con respecto al lenguaje de la poesía culta anterior, debe entenderse como reproducción simbólica de la posición subordinada de las clases que la producen, y del constreñimiento objetivo que sufre su creatividad, de la misma manera que los frecuentes procesos de resemantización, que sesgan la tradición recibida y la fuerzan a portar nuevos sentidos, tiene que remitirse, en iguales términos, a la resistencia y combatividad del pueblo que, a partir de situaciones concretas, intenta reordenar la sociedad toda, incluidos los sistemas de cultura. Sería ilustrativo comparar, dentro de este contexto, la metafórica de la poesía minera, como la de Cerro de Pasco, con la establecida por el modernismo en la poesía culta; y observar allí, por ejemplo, cómo el esplendor de los metales puede expresar —en el otro campo— significados de miseria, riesgo y muerte.

Más significativo sería el caso inverso. Por lo pronto, cuando la literatura culta incorpora formas del lenguaje

popular, la relación no es casi nunca intertextual: uno de sus polos está constituido por el idiolecto del pueblo, o más exactamente por la imagen que tiene de él el creador culto, lo que evidentemente sitúa en un primer nivel de interés el asunto de las representaciones ideológicas interclasistas. A partir de aquí cabe averiguar el carácter que asume el lenguaje popular dentro del universo de la literatura culta, y las funciones específicas que allí cumple, de suerte que en cada caso pueda iluminarse el sentido de la articulación entre esos dos sistemas.

Por ejemplo: en el modelo que plasma la prosa de Palma, cuyo antecedente se encuentra en el costumbrismo y sus manifestaciones epigonales en el criollismo, el lenguaje popular forma parte más del estrato de las representaciones que del nivel propiamente lingüístico, confundiendo sus funciones con las que ejercen la descripción de un objeto típico o el relato de una costumbre peculiar. De aquí la preferencia por las formas populares estereotipadas, como los refranes, las coplillas o giros y dichos consagrados por el uso masivo, aunque no siempre contemporáneo, lo que señala el carácter de "cita" que tienen, en este caso, los fragmentos del habla popular que se interpolan en un discurso que obviamente es de otra índole. Resulta significativo asociar este hecho, que importa el uso tipificador de un lenguaje previamente codificado, con el empleo de la historia, que supone también un nivel de codificación anterior, como base de la ficción que desarrollan las tradiciones y la prosa narrativa que sigue sus huellas. El aprovechamiento del lenguaje popular como objeto caracterizador de una realidad y la consecuente preferencia por los estereotipos, remiten a la paradoja de una literatura que efectivamente se abre hacia lo popular pero que, al hacerlo, lo solidifica, lo artificializa y en cierto modo lo falsifica.

Muy otra es la situación que se observa en un importante sector de la narrativa última, incluyendo ese relato

fundador que es *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, en la poesía conversacional más reciente y en aquellos textos que están a caballo entre la ficción y el testimonio o se adscriben por completo a este nuevo y prometedor género literario. En todos estos casos el lenguaje popular es parte sustancial de la dinámica de la enunciación; por consiguiente, preserva su condición de lenguaje vivo y creador, capaz de transmitir rasgos específicos de su conciencia originaria, muy lejos ya de la función sólo caracterizadora y referencial que definía su empleo en el modelo anterior. Ciertamente no se trata de una simple copia del habla popular, pues su propia creatividad impide imitar lo que no es nunca ni estable ni repetido, sino, más bien, de una profunda asimilación de la normatividad productiva de ese lenguaje, lo que exige entender todo el proceso como un audaz ejercicio de experimentación artística. En él tiene que realizarse el ya comentado tránsito entre la oralidad y la escritura, en el que subyacen múltiples desplazamientos sociales y culturales, de suerte que en el conjunto de este complejo itinerario lingüístico es dable detectar uno de los signos mayores de la aventura cultural del Perú.

La intercomunicación formal, que por cierto tiene más variantes que las reseñadas, es una muestra del modo cómo las relaciones reales entre sistemas literarios distintos pueden otorgar consistencia a la totalidad. Por esta misma razón constituyen un espacio privilegiado para la experimentación metodológica. Asumirlas como objeto de reflexión exige la intelección diferencial y conjunta de dos o más sistemas literarios y su interpretación en términos específicamente dialécticos: en última instancia, si en el proceso social el desarrollo de una clase es inexplicable al margen de sus relaciones de asociación o conflicto con otras clases, en el espacio literario los sistemas más diversos se definen también, a partir de la historia que los engloba, mediante los vínculos que de una u otra forma los articulan en una

totalidad que, como se sabe, está hecha mucho más de contradicciones que de armonía.

La totalidad literaria como totalidad social

Como se desprende de lo dicho hasta aquí, la categoría de totalidad no sólo funciona en términos de reintegración de los distintos sistemas literarios por obra de la historia que los reúne pese (o mejor: gracias) a su disparidad contradictoria; significa también una reintegración aun mayor: la del proceso literario, con todo su espesor, dentro del proceso histórico-social del Perú. No es únicamente que aquél refleje, exprese o represente a éste, ni tampoco que el segundo actúe sólo como instancia condicionante del primero. Todo ello es cierto, pero lo que interesa subrayar, con el mayor énfasis posible, es que la producción literaria, sin perder su especificidad en cuanto plasmadora de símbolos verbales, es parte y funciona dentro de la totalidad social, fuera de la cual —por consiguiente— resulta incomprendible.

En este sentido la literatura nacional peruana no sólo es testimonio de lo que Basadre llamó “la vida peruana”, a la que sin duda reproduce en el nivel y con los atributos que le son propios; es esa misma vida, que ahora sabemos múltiple, plural y heteróclita, hecha paradójicamente a fuerza de oposiciones y conflictos dramáticos e incluso sangrientos, hasta que en algún momento la totalidad nacional no sea el resultado de las contradicciones sino de la justicia fraternal e integradora: cuando se cumpla la bellísima profecía de José María Arguedas y “en nuestra patria (...) cualquier hombre no engrilletado y embrutecido por el egoísmo, pued(a) vivir, feliz, todas las patrias”.

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON ESTUARDO NUÑEZ

Con explicable júbilo que confunde su luz esplendente con el orgullo institucional, recibimos hoy a Antonio Cornejo Polar que acaba de ofrecernos una disertación que es prenda de su capacidad de crítico y talento de escritor.

Procede Cornejo de la hermosa y enhiesta ciudad de Arequipa, en donde antepasados suyos por las dos ramas familiares, han conferido lustre al sabio quehacer intelectual. Al impulso de tan insignes antecedentes, ha dado muestras de temprana vocación y seguro dominio de sus estudios.

Por eso lo recibimos con aprecio y admiración, seguros de que la Academia ha de asegurar su vitalidad con nuevas aportaciones y mantener el rumbo de sus trabajos .

Dada la limitada extensión que corresponde a este discurrir académico, creemos procedente enfocar solamente cuánto ha hecho Cornejo por caracterizar el proceso de la historia literaria del Perú, y sólo insistir de paso en sus demás contribuciones tan valiosas cuanto iluminadoras.

Los estudios literarios han resultado en su caso una inexhausta fuente de estímulos que la inteligencia febril del nuevo académico ha desenvuelto con notorio acierto. Hay que alabar esa dedicación ejemplar descubridora de nuevos cauces, doblegadora de fatigas y desfallecimientos y promotora de consorcios y encuentros de espíritus afines.

Ese quehacer infatigable y esforzado y las calidades personales e intelectuales que ostenta, le abren ahora merecida y honrosamente, las puertas de la Academia, deseosa de incorporarlo a sus anhelos, trabajos y proyectos.

Inició Cornejo su trayectoria intelectual frente a la literatura con un análisis modelo del *Discurso en loor de la poesía* de la segunda poetisa anónima¹. En este estudio Cornejo se hace eco de la falta de monografías sobre autores y obras significativas de la literatura peruana, empresa fundamental para elaborar un concepto global de la literatura peruana. En lo tocante a la literatura colonial, Luis Jaime Cisneros, al tratar la *Defensa de Damas* de Dávalos y Figueroa, o Alberto Tauro en sus estudios sobre la *Academia Antártica* y Riva-Agüero en sus estudios sobre Mexía de Fernangil, Hojeda y el Conde la Granja, y además de algunos autores recientes como Lohmann Villena, Luis Alberto Sánchez sobre Pedro de Peralta y Aurelio Miró Quesada sobre el Inca Garcilaso, ofrecen algunos estudios básicos, pero sin llegar a resolverse, no obstante estas contribuciones, el déficit de ediciones críticas complementarias.

En aquel trabajo, Cornejo cubre ambas exigencias y ofrece tanto el análisis estilístico y los problemas conexos como también presenta el texto del poema cuidadosamente anotado. El *Discurso en loor de la Poesía* resulta así examinado con detenimiento y humildad de verdadero erudito, sin jactancias ni afectaciones.

Pero su análisis va descubriendo nuevos cauces conducentes a llenar vacíos y destruir infundios que se extienden a todo el contexto del poema, tratado con un dominio perfecto del panorama literario de los siglos XVI y XVII.

Más adelante entró a la órbita de sus intereses intelectuales, el estudio de la literatura de la Emancipación,

1. A. Cornejo Polar, *Discurso en loor de la Poesía*, Lima, U.N.M.S.M. 1964.

a la que ha dedicado medulares trabajos², al mismo tiempo que participaba en la empresa asumida por nuestra Academia para publicar una edición definitiva de las Poesías de Mariano Melgar, alentada por el entonces director de la misma, Aurelio Miró Quesada Sosa, y realizada por equipo del cual formamos parte, en el que nos confundimos con Cornejo en un común empeño.

Se reunió así en una edición crítica toda la obra poética de Mariano Melgar³, a la luz de la última documentación conocida, la cual llenó uno de los tantos vacíos existentes en materia de obras importantes de la literatura peruana. Fue luego complemento de esa edición la valiosa y erudita monografía de Aurelio Miró Quesada S. acerca de la vida y obra de aquel poeta, todo lo cual ha confirmado que Melgar no sólo fue un "momento curioso" de nuestras letras sino "el primer momento peruano", según el enunciado de Mariátegui.

Al mismo tiempo embargó su preocupación intelectual el tema de los orígenes del indigenismo planteado ya sobre la novela del siglo XIX, especialmente en la obra de Clorinda Matto⁴. Esta investigación iba a desembocar luego, dentro del siglo presente, en el estudio de la narrativa de López Albújar, Ciro Alegría y José María Arguedas, repre-

2. A. Cornejo Polar, "Sobre la literatura de la Emancipación en el Perú", en *Revista Iberoamericana*, XLVII, nos. 114-115, Pittsburgh, enero-junio 1981.

3. Mariano Melgar, *Poesías completas*, Lima, Academia Peruana de la Lengua, 1971.

4. A. Cornejo Polar, *La novela indigenista*, Lima, Ed. La Sontay, 1980; "Lo social y lo religioso en la novela *Indole* de Clorinda Matto", en: *Letras*, U.N.M.S.M., nos. 86-87, 1979; "La imagen del mundo en *La Serpiente de Oro*", en: *Rev. de Crítica literaria latinoamericana*, Lima, n° 2, 1975; *La novela peruana - 7 estudios*; Lima, Edit. Horizonte, 1977; "La novela indigenista, una desgarrada conciencia de la historia", en *L'indigenisme andin*, Grenoble, Aferpa, 1981; "Para una interpretación del movimiento indigenista", en *Casa de las Américas*, La Habana, n° 100, 1977.

representativos de esa tendencia. En varios ensayos ha desarrollado Cornejo esta profunda indagación peruana y sobre todo en las páginas que dedica a Ciro Alegría (en el prólogo al tomo de sus obras que ha publicado la Biblioteca Ayacucho, de Caracas) y en las de un memorable volumen, de difusión universal, titulado *Los universos narrativos de José María Arguedas*, obra medular y fundamental sobre el escritor más raigalmente peruano⁵.

No solamente se ha volcado el interés del autor sobre el proceso socio-historiográfico de la literatura peruana. En otro campo, casi inédito hasta hace poco, Cornejo resulta por decirlo así un verdadero adelantado: es el ámbito del estudio de la hermenéutica literaria. Se trata del examen de la crítica misma, de la reflexión sincrónica sobre los fines y la naturaleza de la crítica dentro del ámbito latinoamericano, la meditación sobre lo que ha hecho la crítica, su funcionabilidad social, sus métodos, su orientación sistemática y sus planteamientos para un futuro cercano. Preocupación de este tipo no tiene verdaderamente antecedentes entre nosotros y los estudios de esta naturaleza son aún escasos dentro de la realidad especulativa hispanoamericana.

El fenómeno crítico no había sido antes estudiado con estricto rigor científico y los métodos no eran coherentes y cuando más, se aplicaba al hecho literario hispanoamericano un criterio metodológico europeo⁶.

Por primera vez se está intentando una meditación de corte socio-filosófico, sobre el ser y el existir de una realidad

5. A. Cornejo Polar, *Los Universos narrativos de José María Arguedas*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1973; "El sentir de la narrativa de J.M. Arguedas", Lima, 1971.

6. A. Cornejo Polar y otros, *Problemas y tareas de la crítica literaria contemporánea*, Budapest, 1976; "La crítica literaria, hoy", en *Texto crítico*, n° 6, Veracruz, México, 1977. *Literatura y sociedad en el Perú*, Lima, Mosca Azul, 1981; "Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana" en: *Casa de las Américas*, La Habana, n° 126, 1981.

literaria peruana, en términos de madurada visión socio-económica o etno-sociológica.

Un ejemplo de este quehacer crítico, de rigor metódico en el enjuiciamiento de una realidad literaria, de planteamiento riguroso del sentido más profundo de obras y de autores, dentro de un contexto histórico y social, es precisamente el estudio que acabamos de escuchar. En este quehacer teórico de Cornejo encontraremos atisbos originales que invitan a la meditación, apreciaciones que entre líneas o fuera de ellas, señalan nuevas perspectivas para el ulterior desarrollo, en actitud cargada de sentido analítico.

La preocupación peruanista no excluye en Cornejo la inquietud por plantear los problemas de la literatura a nivel latinoamericano, en términos propios y coherentes con la situación social. Al igual que en los géneros de creación, también se está desarrollando un nuevo sentido de la crítica acorde con las realidades de los pueblos hispano-americanos:

Estas inquietudes promovidas por el fenómeno literario peruano e hispanoamericano han conducido a Cornejo a otra esforzada empresa que jalona una nueva etapa de su tarea: la fundación de la *Revista de crítica literaria hispanoamericana* la cual prospera con acogida dentro y fuera del continente y acoge la obra de calificados colaboradores del país y del extranjero. El buen éxito creciente de esta publicación, que coloca a la crítica peruana en el contexto de la hispanoamericana, amerita a su inspirador y lo ubica en un destacado lugar dentro del marco de la literatura continental.

Para una justa estimativa del significado de la obra crítica de Antonio Cornejo creemos pertinente trazar un esquemático cuadro del desarrollo de la crítica de la literatura peruana, considerando los esfuerzos de iniciación poco difundidos hasta sus realizaciones más cabales de tiempos recientes.

No estuvo exenta la literatura anterior al siglo XIX de apreciaciones más o menos críticas sobre la obra literaria de coetáneos o contemporáneos, según lo intentara Pedro de Peralta en las estrofas de su extenso poema *Lima Fundada* y alguna otra figura como la autora anónima del *Discurso en loor de la poesía*, pero esas formulaciones, raras veces críticas, carecían del aliento histórico, esto es, de la consideración en el devenir temporal que impone el trabajo historiográfico.

Percibiendo esa ausencia de temporalidad crítica, fue preocupación de algunos espíritus avisados del XIX trazar el esquema diacrónico —con sujeción al decurso del tiempo— y en ello fue adelantado José Manuel Valdez y Palacios.

La inquietud intelectual de este ilustre intelectual cuzqueño enriquecida con su estada de varios años en Europa, principalmente en Gran Bretaña y Francia, lo llevó a intentar alrededor de 1840, la facción del primer esbozo histórico del Perú, escrito en portugués, durante su exilio en el Brasil. Valdez y Palacios (en su *Bosquejo*⁷, que hicimos traducir y publicamos en 1971) siente ya la necesidad de formular, en capítulo especial, un esquema crítico de la literatura peruana y dice:

“La literatura, entre todas las naciones del mundo, ha sido la obra lenta del tiempo y el fruto tardío de los esfuerzos continuados del carácter nacional”⁸.

Ese primer esbozo de la historia literaria incluía la referencia, un tanto sumida en la leyenda negra anti-espa-

7. Valdez y Palacios, José Manuel, *Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas*, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971.

8. *Ibidem*, p. 39.

ñola, de la literatura virreynal, según Valdez “envuelta en la voluptuosa inercia de esa época”, y en la cual, antes del siglo XVIII, sólo encuentra digna de mención la obra de Juan de Espinoza Medrano, conocido como “El Luna-rejo”. Es así cómo, siguiendo su criterio apreciativo, la literatura nacional empieza con el auge de la Ilustración. En seguida, se refiere al limeño Pablo de Olavide y luego al grupo del *Mercurio Peruano* de 1791-93, como iniciales hitos de una preocupación por caracterizar al hombre peruano y la naturaleza del país. Así llega a la encrucijada de los siglos XVIII y XIX, en la cual van a aparecer los nombres significativos del cuzqueño Antonio Valdez, el autor del drama *Ollantay*, y el arequipeño Mariano Melgar, el poeta de la *Yaravies*, expresiones de una escritura nativista, superando la rapsodia de lo extranjero y la imitación yerta.

Su interés por la integración de expresiones que fuesen representativas, lo llevó a poner en relieve otros valores sur-peruanos, como el arequipeño Juan Pablo Viscardo y Guzmán y como Ignacio de Castro (aunque tacneño, gran promotor de la fama del Cuzco) y el puneño Juan del Carpio, autor de una obra desconocida de sabor romántico: *Recreo del sonámbulo en el Lago* y del Dr. Velarde, cuzqueño, creador de una colección de poesías titulada *Consuelos de la vida*, inédita, aunque fragmentariamente publicada en el *Mercurio Peruano*.

Se empeñó así Valdez en revelar una literatura nacional, en esos años iniciales del XIX, con un criterio claro acerca de lo que debía ser la obra literaria de saber auténtico. Así aclara aún más su pensamiento:

“Complementándose el hombre con la naturaleza, el genio con la tierra, fue como en el Perú brotaron los primeros gérmenes de las bellas letras,

los deseos y las impresiones para después producir las”⁹.

Y corresponde a Valdez y Palacios el haber ofrecido a la posteridad el primer opúsculo expositivo del *Ollantay*, obra dramática de su pariente el cura Antonio Valdez (antes tenida erróneamente como anónima) en las páginas del periódico *El Museo Erudito* del Cuzco en 1837¹⁰.

Hubo que esperar el transcurso de cuarenta años para poder anotar lo que sigue a este primer empeño de trazar “una sucinta historia del movimiento literario” debido a nuestro preclaro fundador, el insigne Ricardo Palma, cuando pronuncia el discurso de orden en la ceremonia de inauguración de la Academia Peruana de la Lengua, en mayo de 1887¹¹. Allí Palma hace el recuento de obras y autores emergentes en el Perú desde el siglo XVI, conducido por el afán de enjuiciar el devenir de la creación literaria en este país.

No cabe duda que Palma había asimilado en su esquema de la literatura colonial, las aportaciones ya difundidas del crítico argentino —muy cordial amigo suyo— Juan María Gutiérrez, sobre Juan del Valle y Caviedes (publicada en *El Comercio* de Lima en 1852 y reproducida en *La Revista de Lima*, tomos VI y VII, de 1862 y 1863); sobre Pedro de Peralta (aparecida en *El Correo del Perú*, en varios números de 1875) y el gongórico Fray Juan de Ayllón (dada a luz en Buenos Aires, en 1865). Tomó de Juan María Gutiérrez sus agudas apreciaciones acerca del

9. *Ibidem*, p. 43.

10. (Valdez y P., J.M.) en *Museo Erudito*, Cuzco, 1937.

11. Ricardo Palma, “Discurso” en la instalación de la Academia Peruana de la Lengua, en: *Anales de la Academia Peruana correspondiente de la Española*, Lima, 1887. “La bohemia de mi tiempo” que completa aquel “Discurso”, apareció fechada en 1886, por primera vez, precediendo a la recolección de sus *Poesías* (Lima, Imp. Torres Aguirre, 1887), y luego en *Recuerdos de España* (Lima, 1894).

sésigo popular de la vena satírica de Caviedes, contrastada con la severidad y engalamiento de la difundida literatura culta y erudita de los académicos de salón y de los participantes en certámenes universitarios, de la cual podría ser paradigmática la ingente producción intelectual de Pedro de Peralta, a quien el mismo Gutiérrez dedicó un extenso estudio de más de 200 páginas, considerado el primer trabajo crítico dedicado a su obra.

Después de una enumeración con inteligentes atisbos críticos, entre ellos la inclusión meritoria, ya mencionada, de Juan del Valle y Caviedes "poeta olvidado por unos y desconocido por los más", como representativo de la literatura popular, Palma se detiene después de mencionar a Llano Zapata, Olavide, Ignacio de Castro e Hipólito Unanue, en los umbrales del romanticismo, o sea en el momento de surgimiento de una generación a la que él mismo pertenecía. La razón de este límite era explicable, pues Palma acababa de escribir el opúsculo titulado "La bohemia de mi tiempo", que vino inserta como prólogo a la edición de sus *Poesías* (Lima, 1887), opúsculo que contiene el recuento de la obra de sus coetáneos. De tal suerte, su panorama, sumando los dos trabajos, se detenía en los autores nacidos hasta 1840. Era la suya crítica muy libre y personal, del tipo de comentario impresionista, dominando el tono casi siempre laudatario.

La aportación de Palma fue coetánea con un proyecto de historia literaria peruana que sólo llegó a esbozar Félix Cipriano Coronel Zegarra y coincide casi con la publicación de una tesis o monografía con ribetes de erudición debida a Eleazar Boloña¹² el primer estudio de conjunto de la época virreynal, que podría igualmente considerarse paso

12. Eleazar Boloña, *La literatura peruana del Coloniaje*, Lima, 1890; el dato sobre Coronel Zegarra lo consigna Juan María Gutiérrez en su estudio consagrado a Pedro de Peralta.

inicial en la confección de tesis o monografías universitarias sobre figuras o épocas aisladas de nuestras letras.

Correspondió a José de la Riva-Agüero, a comienzos del siglo XX, el mérito de haber realizado el primer estudio crítico-histórico de la literatura peruana a partir de la Independencia (*Carácter de la Literatura del Perú independiente*, Lima, 1905)¹³.

No se trataba ya de una disquisición ligera, ni de un recuento ni de un discurso expositivo, sino de un ensayo con despliegue erudito y apreciaciones críticas que no excluían, al lado de los elogios, los juicios severos y razonados, alguna vez incomprensivos, como aquél que define a Melgar un simple "momento curioso en el desarrollo de nuestra literatura".

Este trabajo estuvo lejos de ser superado por el discurso de Javier Prado, dicho con motivo de la reinstalación de la Academia Peruana de la Lengua en 1918, (*El genio de la lengua y la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú*)¹⁴ el cual —sin mayor alcance metodológico— no difiere sino en su mayor extensión de aquél otro discurso de Ricardo Palma, que en 1887 fue el primigenio esfuerzo de un proyecto de exposición global de las letras peruanas.

Tampoco fue superado por un ágil y panorámico ensayo, que elaboró Ventura García Calderón para una revista francesa en 1916¹⁵.

Así arribamos a 1928, fecha angular para estos esfuerzos analíticos del devenir literario peruano.

13. Publicada originalmente en *Anales de la U.N.M.S.M.* y recientemente en *Obras completas* de J. de la Riva-Agüero, tomo I, Lima, P. Universidad Católica del Perú, 1962.

14. Javier Prado U., *El genio de la Lengua y la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú*, Lima, 1918.

15. Ventura García Calderón, "La literatura peruana" en: *Bulletin hispanique*, XXXI, Paris, 1914.

En ese momento se dan dos obras capitales dedicadas a este objetivo: el primer volumen de *La literatura peruana* de Luis Alberto Sánchez¹⁶ (que continuará produciendo a lo largo de un decenio, los otros 5 volúmenes de esa obra) y el estudio "El proceso de la literatura", integrante del libro *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui¹⁷.

A Luis Alberto Sánchez corresponde el mérito de haber realizado a lo largo de 6 volúmenes copiosos, un trabajo fundador, comprensivo de todo el cuadro de la literatura peruana, al cual encara por primera vez la etapa prehispánica, antes olvidada o desconocida, no obstante los valores que encierra y que constituye el elemento suyacente escrito y oral que ha dado la nota original a nuestra realidad literaria. Años después, Jorge Basadre había de organizar en 1938, la primera Antología de la literatura pre-hispánica, en acto probatorio de su existencia, frente a quienes todavía la negaban de plano.

Al "proceso de la literatura" de José Carlos Mariátegui debemos los elementos para un nuevo rumbo de la crítica literaria en el Perú. Incomprendido hasta el punto de haberse considerado dicho ensayo como el menos significativo de los contenidos en sus 7 *ensayos*, el estudio de Mariátegui ha sido reivindicado en los últimos años. Cabe así a Antonio Cornejo Polar el mérito de haber abordado la tarea de señalar sus clarividentes aserciones.

En la tarea de difundir el acontecimiento de la literatura peruana y de orientar a sus lectores y estudiantes han

16. Luis Alberto Sánchez, *La literatura peruana - Derrotero para una historia espiritual del Perú*, Lima, Talleres Gráficos, Ediciones y Encuadernaciones Perú, 1928. Los volúmenes sucesivos se incorporarán a la edición de Buenos Aires, Ed. Guaranía, 1950-51, 6 vols. y también en la de Lima, Ediciones de Ediventas, 1965-66, 5 vols. y en otra más reciente.

17. José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos de Interpretación de la realidad peruana*, Lima, Edit. Amauta, 1928. El séptimo ensayo se titula "Proceso de la literatura".

coincido Augusto Tamayo Vargas y Alberto Tauro, autor este último de un útil manual¹⁸ (*Elementos de Literatura peruana*, 1946) de fácil acceso y equilibrado criterio y ejemplar ordenación metódica. Por su parte, Tamayo en su *Literatura peruana*¹⁹ se impuso —a través de muchos años— la esforzada tarea de incorporar a su obra y sopesar con seguro criterio, las aportaciones monográficas de estudios de obras y figuras, corrientes y escuelas, convirtiendo su manual en una ponderada y didáctica síntesis de conocimientos constantemente actualizados, en un lapso de más de 30 años transcurridos desde su primera edición (1947 hasta la 5ª de 1978). Esta laudable síntesis se complementa con el enriquecimiento del sector de la obra dedicado a la literatura pre-hispánica, la cual incluye el estudio de los mitos, cantares y leyendas y otras expresiones de la literatura indígena, ofreciendo de tal suerte un tratado sobre creación oral y creación escrita de indudable significación nacional.

Coincidiendo con la tarea esforzada de Tamayo, nuestra preocupación por señalar el rumbo de las letras peruanas contemporáneas se concretó en tres panoramas publicados en 1938 y otros en 1940-41 y en 1965, que a nosotros no nos corresponde juzgar²⁰.

Aun prescindiendo de sus eruditos apuntes acerca de los *Autores del primer siglo de la literatura peruana*, que no es trabajo global de todo el proceso, debemos una elo-

18. Alberto Tauro, *Elementos de literatura peruana*, Lima, Ed. Palabra, 1946.

19. Augusto Tmaayo Vargas, *Apuntes para un estudio de la literatura peruana*, Lima, Edit. D. Miranda, 1947, y 5ª edición, ampliada: *Literatura peruana*, Lima, Ed. Librería Studium, 1978. 2 vols.

20. Estuardo Núñez, "La literatura peruana" en *Historia de la literatura* de Santiago Prampolini, Buenos Aires, U.T.E.H.A., 1940-41; *Panorama actual de la poesía peruana*, Lima, Ed. Antena, 1938 y *La literatura peruana en el siglo XX*, México, Ed. Pormaca, 1965.

giosa referencia al ensayo *De lo barroco en el Perú*^{20-A} de Rafael de la Fuente Benavides, así suscrito por quien es más conocido por su seudónimo Martín Adán. Este estudio —preparado para un grado doctoral (en 1951) en la Universidad de San Marcos, comprensivo de todo el desarrollo de la literatura peruana, del XVI al XX, en pos de las raíces románticas de nuestro devenir literario, constituye excelente muestra del desarrollo de una teoría personal —a veces un tanto forzada de sutilezas admirables que escapan a una hermenéutica estricta— con sello muy propio. El autor se propone y logra tratar

“de lo romántico, no en la literatura del Perú, que es campo segado, ni aun en el romanticismo nuestro; sino de lo romántico en el Romántico o en el escritor mismo; de cómo y cuál sea la relación de la letra con la vida y de cómo pudiera ser el alma; esto, a partir de quien es considerado preceptivamente como nuestro primer poeta romántico, Melgar...”.

El caso de la Fuente Benavides es el de un crítico que (escondiendo o prescindiendo de la armadura erudita y del tono grave y doctoral) enuncia su teoría propia y transita con ella a través de siglos de creación ajena. Con él hemos ganado un ejemplo de lo que significa una “historia personal” de la literatura, nada didáctica ni dogmática, aunque plena de arte y agudeza de ingenio, como habría dicho Gracián,

Estos antecedentes —que van desde los índices amicales de los siglos de la Colonia, a los recuentos de Valdez Palacios y de Palma en el XIX, a los estudios crítico-his-

20-A. Martín Adán (Rafael de la Fuente Benavides), *Obras en prosa*, Lima, Edubanco, 1982.

toriográficos de Riva-Agüero y de Javier Prado, al ensayo impresionista de Ventura García Calderón y que desembocan en la globalización integradora de Luis Alberto Sánchez y la visión socio-ideológica de Mariátegui, seguida de la labor de síntesis de Tamayo y Tauro, agregado algún otro reciente ensayo de corte impresionista, constituyen los precedentes de la *Historia de la literatura del Perú republicano*²¹, con que Antonio Cornejo Polar recientemente culmina su ya considerable producción crítica, estudio que debe juzgarse no tanto por su extensión de apenas unas 200 páginas cuanto por su contenido crítico-social de estricta base filológica y sugestivo y coherente enfoque literario de nueva estirpe.

Cornejo ha irrumpido en la crítica de las letras del Perú para dar un cauce nuevo a la empresa de enjuiciar a la literatura peruana, sin desconocer cuanto hicieron con escasos medios y ningún apoyo importante, quienes lo precedieron en esa tarea. A partir de ellos, y seguro de su información previa, abre nuevas perspectivas o afianza las ya vislumbradas, o ilumina oscuros enlaces o señala las vertientes verdaderas. No trata de desconocer o prescindir de lo hecho sino de enunciar fórmulas y criterios renovadores, en los que la información foránea del fenómeno literario peruano no desvía su criterio de enfoque seguro dentro de la perspectiva hispanoamericana.

Tampoco son marginales a la formulación de Cornejo sino directamente insertados en el estudio de nuestra literatura, los aportes de orden lingüístico, que se han desarrollado en los últimos años poniendo énfasis en el valor social del lenguaje. No obstante, Cornejo deja entender que sus juicios pueden tener un alcance provisional, dado el "déficit filológico" que todavía existe en ese ámbito de

21. A. Cornejo P., *Historia de la literatura del Perú republicano* en el tomo VIII de la Colección *Historia del Perú*, Lima, Ed. J. Mejía B., 1980, pp. 11-188.

estudios, o sea la carencia de ediciones críticas consultables.

En este quehacer intelectual, Cornejo concede importancia capital a los planteamientos crítico-literarios de Mariátegui, expuestos principalmente en "El Proceso de la literatura".

Con toda lucidez ha precisado el significado de Mariátegui en orden al proceso literario peruano que abarca en su concepto todo el proceso de la cultura peruana. En gran parte los puntos de vista de Cornejo derivan de esta inexhausta cantera de nuevas perspectivas.

De esta suerte, al analizar el pensamiento de Mariátegui (y alejado por igual de quienes han querido ignorarlo o de quienes se han convertido en cultores de una beatería) Cornejo se refiere sobre todo a "las perspectivas que se abren a partir de sus afirmaciones" pues éstas se formularon hace 50 años en una instancia inicial que sus continuadores contemporáneos deben desenvolver en todas sus posibilidades para no traicionar —según frase de Cornejo— "la vitalidad creadora del magisterio de Mariátegui" al considerársele una autoridad dogmática e incommovible²².

Cornejo ha asumido la tarea crítica bebiendo en fuentes antes poco transitadas por los investigadores del fenómeno literario. No sólo ha contado con el bagaje propio de la erudición literaria y de la técnica lingüística, sino también con las aportaciones de una rica gama de conocimientos provenientes de las ciencias sociales, imprescindibles elementos en toda investigación del hecho humano. Todo ello lo ha dotado de un riguroso criterio de apreciación global, al que arriba gracias a recursos hasta ahora poco usuales en el estudio literario que le permiten tanto el análisis de la obra de creación como también reflexionar sobre el sentido, objetivo y naturaleza de la función crítica.

22. A. Cornejo P., "El pensamiento crítico de Mariátegui", en: *Mariátegui y la literatura*, Lima, Ed. Amauta, 1980.

Por eso ha visto el proceso de las letras peruanas con nuevo enfoque y con el rigor de un firme criterio de apreciación y atisbos que invitan a la meditación.

Cornejo no es un escritor de fácil captación. La naturaleza y complejidad de los problemas que aborda así como el abstracto ideológico social que los sostiene, hace que la prosa del crítico —tan llena de lúcidas apreciaciones— se haga densa y compleja en perspectivas ricas y novedosas de la relación entre literatura y sociedad.

Cornejo es de los que escriben no sólo para un presente preocupado por el constructivo esclarecimiento del fenómeno cultural sino también para un futuro que será exigente en reclamar la aportación de nuestra época a la elucidación de problemas y vitales contradicciones que agobian la cultura nacional.

Acostumbra usar un lenguaje estricto, sustancial, de rango científico, sin devaneos retóricos ni juegos adjetivales, que a veces parece sumirse en la reflexión agotadora pero que es claro signo de la seriedad con que ha meditado el tema con seguro dominio filológico. Así se inscribe Cornejo en el conjunto de las más agudas mentalidades críticas del continente.

Consciente de las virtudes y capacidades de su nuevo miembro, la Academia lo acoge con beneplácito y aplauso; y al abrirle jubilosa sus puertas, se felicita de contarle entre sus miembros.

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON JOSE AGUSTIN DE LA PUENTE CANDAMO

(Sesión pública del 9 de setiembre de 1982)

REFLEXIONES SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DEL PERU

Por José Agustín de la Puente Candamo

En este acto, en el cual por desmesurada generosidad de los señores académicos me incorporo como Miembro de Número de esta Corporación de tanta historia en la vida del Perú, domina en mi ánimo un íntimo entretejido de gratitud y de recuerdos.

Gracias a usted Señor Director, y a los señores académicos, quienes en muestra espontánea e ilimitada de amistad, me han invitado a ingresar a esta Academia.

Permítame, igualmente, que me una a usted con unas palabras que digan mi homenaje a Don José Jiménez Borja.

Maestro, señor en el uso del idioma, en la tertulia, en la amistad; sirvió al Perú con su enseñanza, ejemplo y sabiduría.

Cristiano de verdad y sin alardes, hombre que se esforzó por pasar inadvertido, fue notable, sin duda, contra su voluntad.

Gracias a Don Aurelio Miró Quesada Sosa, quien ha aceptado pronunciar el discurso ritual en respuesta a las palabras mías.

Llego a esta Academia con timidez y con respeto. No soy filólogo, ni lingüista, ni creador en el campo de la vida literaria. Lo único, que puedo ofrecer precario entre las manos es la dedicación de buena parte de mi vida a la enseñanza de la Historia del Perú.

Entiendo mi incorporación a la Academia Peruana de la Lengua no como una respuesta a los frágiles títulos de una persona, sino como el homenaje a un oficio. El oficio de enseñar Historia del Perú.

Desdeñada, mal entendida, ocasión de tedio en muchos y de alegría en otros, el ejercicio de enseñar Historia del Perú no tiene en nuestra sociedad la alta ubicación que merece. Sin embargo, la conciencia histórica de un pueblo, tema que consideraremos esta noche, está ligada irrevocablemente al conocimiento de la Historia del Perú.

Quisiera convocar en el recuerdo y en el agradecimiento a quienes fueron mis profesores y maestros en el Colegio de la Recoleta y en la Universidad Católica, y que expresarían con mayor dominio la dignidad de nuestro oficio y magisterio.

Y quisiera, asimismo, unir a esta memoria a todos los que fueron y son mis alumnos desde 1947, en la Universidad Católica; sin la enseñanza que recibí de ellos, y sin la experiencia que adquirí en el trabajo docente, no estaría en esta mesa y no pronunciaría este discurso.

Paso al tema de mi incorporación. ¿Cómo se vive la Historia Nacional en el ambiente peruano? ¿Cuál es la relación entre la enseñanza de la Historia del Perú y la vida de los peruanos?

Presentaré el testimonio de mi experiencia personal como profesor de Historia del Perú, y las observaciones que en su día presentaron unos y otros estudiantes.

Un peruano que luego de sus estudios escolares, se dedica al trabajo en el comercio o en la industria, o que ingresa a la Universidad, qué idea tiene del Perú. En otras palabras qué es el Perú para ese peruano tipo.

El Perú, se podría decir, tiene un contenido múltiple. Es el ámbito geográfico, es el conjunto de informaciones que se reciben en el colegio, es la realidad expresada en símbolos que comprometen nuestro afecto, es el Estado mismo, son nuestras costumbres. En fin, las diversas caras de una realidad nacional pueden presentarse sin término.

Pero hay algo más. El Perú como vinculación con el pasado; el Perú como compromiso humano; el Perú como un conjunto de realidades que merecen una apreciación; el Perú como vocación, como tarea que justifique una vida en común; el Perú, en fin, como una realidad social cierta que necesita el trabajo de todos para su perfeccionamiento. Estas serán las facetas de lo nuestro que estudiaremos frente a la actitud concreta del ciudadano peruano de nuestra hora.

¿Qué significa el Perú para un hombre de nuestro tiempo?

Los profesores de Historia del Perú en el colegio o universidad ofrecemos una información de las cosas nuestras y un criterio para el estudio del Perú. No obstante ésta no es la única enseñanza que recibe un contemporáneo. La sociología y la política estudian el pasado con su criterio y su metodología. La prensa, la radio, la televisión, directa o indirectamente, presentan, asimismo, una visión del pasado peruano y con más frecuencia una interpretación del presente con un presunto apoyo en el pasado.

El peruano mismo, examina, observa en la vida diaria, la inmediata realidad del Perú. No del Perú solemne de libros, discursos y ceremonias; sino del Perú de todos los días, de los temas diminutos y mayores.

El profesor de Historia no es el único medio de formación, en su propia disciplina.

La interdependencia del mundo actual; la simultaneidad de información, el entretreído de historia, ideología, política, de los grandes hechos de nuestra hora, aumentan los riesgos de confusión de criterios o de información equivocada.

Es útil, en un breve esarceo, mostrar algunos casos de la vivencia de lo peruano en nuestro mundo y en nuestra gente.

Responsabilidad de los planes de estudios, de los textos escolares, de la eficacia misma del magisterio, tal vez no hay debate si se afirma que el hombre peruano contemporáneo vive una deficiente, incompleta o deformada información del pasado peruano.

Ubicación cronológica de los grandes hombres y de los grandes sucesos; correspondencia de nuestra vida con la del resto del mundo; transformación de nuestras actitudes y de nuestras formas de conducta; es muy frágil y superficial el dominio de todo este variado conjunto de temas históricos. Tal vez los grandes momentos más significativos de nuestra historia, por su grandeza o por su sufrimiento, no convocan la necesaria atención.

Se puede advertir una peculiar antinomia. Por un lado se descubre una admiración en muchos casos frívola o aparente frente a un testimonio concreto de la vida nuestra, y de otro lado hay un cierto desdén o desinterés frente a lo que tiene que hacer con la afirmación profunda de las cosas peruanas. Se habla con entusiasmo de las telas de Paracas, de la cerámica Mochica o de un ejemplar barroco de nuestras grandes ciudades andinas, pero no existe la profunda solidaridad con el pasado y con la proyección del Perú.

Otro grave matiz que los profesores advertimos en preguntas o en diálogos entre los estudiantes, y que en la

edad madura adquiere mayor fuerza, es la visión unilateral y polémica de la vida nuestra. Aquí podemos advertir la presencia de quienes crean un estilo de lucha, una oposición en el estudio de nuestra historia. Están presentes los que ven al Perú solamente incaico o solamente español; quienes aprecian todo el pasado nuestro en función de la simpatía o del desafecto que les despierta uno u otro personaje notable. Están, igualmente, quienes reducen la Historia del Perú a una etapa de nuestra vida de acuerdo con los íntimos sentimientos personales.

Esta interpretación de la historia sometida a una idea, un hombre o un hecho; esta visión que podríamos denominar instantánea o singular, está muy ligada a una interpretación política de nuestra vida. Se aprecia el pasado como debió ser de acuerdo con los ideales políticos de quien formula el estudio.

En otras personas, en otros ambientes aparece una admiración distante de nuestro pasado sin consecuencias en la vida diaria, o se muestra una adhesión simplemente afectiva, sin un sólido apoyo en el conocimiento de la historia y en la presencia de ésta en la vida de todos los días.

A las observaciones anteriores sobre ignorancia, confusión, frente al conocimiento histórico, se puede añadir de manera expresa una especie de divorcio entre el hombre y su historia.

En la vida diaria, en costumbres domésticas, en ilusiones de la gente joven, en comparaciones intrascendentes, aparece un conjunto de actitudes escépticas o pesimistas.

No obstante nuestra circunstancia personal mestiza, se vive en el país desconocimiento o subestimación de esta *realidad*, y se conserva viva una apreciación que advierte en el hombre blanco a una persona superior.

Un gravísimo conjunto de errores se agrupan en este tema. En primer término ignorancia frente a un hecho muy claro; como los peruanos con más de dos o tres gene-

raciones en nuestro país somos mestizos aunque los signos de la antropología física no lo demuestren.

En segundo lugar, en la literatura peruana, y en el examen de la propia acción personal cuánta información se puede recoger sobre este tema de la falsa interpretación de nuestro ser mestizo. Desdén en el costeño frente al hombre andino y uso de vocabulario denigrante y ofensivo; desconfianza en el hombre andino frente al costeño, y en uno y en otro, en múltiples casos, la búsqueda del arquetipo en el hombre blanco.

Múltiples explicaciones se pueden ofrecer para interpretar este fenómeno. La supremacía del blanco desde los días de la conquista; la concentración en éste —aunque ya fuera mestizo en su realidad íntima— de una mayor autoridad económica y política; la influencia de hombres, libres, costumbres europeas; mas, sobre todas las razones, la que se encuentra en el alma de muchos de nuestros problemas: ignorancia de la propia historia, ignorancia de cómo en esa historia nos hemos formado como hombres y como pueblo; deformación, en otros casos, del propio pasado.

No se rechaza, como es obvio, nuestra inserción en la cultura de Occidente, dentro de nuestra forma americana y mestiza, ni se desconocen los altos méritos de la cultura europea, incorporados a nuestra vida; lo que se quiere anotar es la desconfianza frente al ser mestizo; en otras palabras, la inseguridad que genera la subestimación de lo propio.

Un mosaico de costumbres, ideas fijas, esquemas mentales, están aquí entrelazados. Al no tener conciencia de nuestra propia personalidad y de nuestro propio signo y vocación, aparece en cuestiones grandes y en temas pequeños una u otra forma de perplejidad frente a nuestras propias soluciones, frente a nuestras propias realizaciones. Se desdeña la manufactura nuestra; se desconfía de una y

otra institución; no se cree en el cumplimiento de la ley; se violan las normas conforme manda el propio egoísmo; se proclama que en éste u otro asunto no se va a realizar la justicia; reitérase desde los días juveniles que la influencia puede más que la propia preparación; se hace alarde, en fin, de la habilidad para improvisar y de las soluciones del último momento. Es frágil la misma solidaridad y es mayor el egoísmo.

Del mismo modo que quien ignora su vocación o vive falsamente otra, es un hombre inseguro e impregnado de tristeza, sin rumbo sin objetivos claros, la comunidad humana sin conciencia de su origen de su ser mismo, de su destino, caminará siempre con pisada insegura y con dudas permanentes sobre su propia calidad, sobre su propia naturaleza.

Puede decirse que todas las deformaciones y errores descritos tienen su origen en una falta de conciencia histórica, que es una manera solemne de decir que hay separación, corte, entre el hombre y su historia.

No olvidemos que la ubicación limpia en la propia historia es un elemento indispensable para la serenidad del hombre. No olvidemos, igualmente, que el inmigrante deja de serlo cuando lo gana la historia, cuando lo asume la historia de la nueva tierra, igual que el colonizador español dejó de serlo, como lo recuerda Ortega, el día en que lo asumió el mundo americano.

Signo de nuestra enseñanza, del esfuerzo diario del hombre joven y del hombre maduro, debe ser la vuelta a las fuentes mismas de la formación de la nacionalidad. Ahí, y en la ruta que sigue la historia, y no por otro derrotero, se puede encontrar la claridad suficiente para mirar cómo la sociedad mezclada, el hombre y la sociedad mestizos, son la clave para entender no sólo la historia, sino el presente mismo.

En esta línea que tiene algo de confianza en voz

alta, creo que no es impertinente decir que los diversos modos de ruptura con la historia han creado un tono de pesimismo en la vida peruana, que no se puede desconocer. Pesimismo que tiene su raíz en la ignorancia de la propia vida.

El diagnóstico no es negativo. Quiere que la idea nacional y el afecto patriótico, encuentren su apoyo, no en el sentimiento pasajero, sino en la propia vida y en el pasado de la comunidad.

¿Cuál es el origen, cuál la causa de este pesimismo?

¿Por qué la ruptura entre el hombre y su propia historia?

¿Es el fracaso de la enseñanza de la historia?

Sin desconocer la responsabilidad de quienes trabajamos en el magisterio, múltiples factores económicos, políticos, sociales, intervienen en la deformación de la historia o en un falso vínculo entre el hombre y su historia. El ambiente no favorece una comunicación simple y fluida entre el profesor y el alumno. Esta comunicación sufre en nuestra hora profundas interferencias.

¿Por qué y desde cuándo el pesimismo nuestro?

Múltiples hipótesis pueden formularse. Podría hablarse de cómo el hombre peruano desde épocas remotas hasta la Independencia vive dentro de un sistema autoritario; podría decirse que el abuso de los malos funcionarios crea un clima de resentimiento y desconfianza; alguno podría mencionar que formas diversas de nostalgia de un tiempo u otro de nuestra historia, crean inseguridad o vacilación; podría decirse, en fin, en un registro sin término, que el mal ejemplo de la anarquía republicana en diversos mo-

mentos suscita en el hombre nuestro una forma de resignación frente al mal gobierno como algo endémico en la vida peruana.

Algunos instantes o algunos hechos trascendentales de nuestra historia pueden ayudarnos a penetrar en la búsqueda de las fuentes de nuestro pesimismo.

El hombre incaico primero y el andino mestizo más tarde tienen cerca el recuerdo de la conquista y es frecuente la evocación del Imperio del Cuzco; en el Inca Garcilaso y en la serenidad personal que quiere imprimir a su obra se conjuga el llanto frente a la grandeza perdida con la esperanza en la vida nueva que se ha ganado; en los mestizos que viven injustas postergaciones en los primeros siglos de la colonización, queda sin duda una semilla de congoja, igual que en los criollos que sufren en muchos aspectos la preeminencia del español peninsular.

Al lado de estas notas de contradicción se puede mencionar el equilibrado recuerdo del cual es testimonio el Mercurio Peruano a finales del siglo XVIII.

La hora de esperanza y de temores de Emancipación, la presencia en nuestro suelo de caudillos y ejércitos de Sudamérica con el desgaste material, psicológico y moral que representa, es factor que no puede desdeñarse al construir un cuadro de la actitud del hombre peruano. En ángulos extremos de un planteamiento crítico, en los primeros decenios de la República pueden mencionarse los nombres de Felipe Pardo y Bartolomé Herrera. En Pardo está clara una coordinación entre ironía, broma y escepticismo. "Pueblo soberano", "el ministro y el aspirante", "el reformador y el eco", "la Constitución Política", registran en el meollo del razonamiento una clara desconfianza frente a la obediencia, frente a las instituciones nuevas. En Herrera está la preocupación por la soberanía, la norma. Los nombres de Lazo y Vigil deben unirse a estos recuerdos.

La imprevisión y la anarquía penetran progresivamente

en el ánimo de los peruanos y crean una forma de retrato negativo frente a las posibilidades de un gobierno con estabilidad. El sufrimiento por el desorden administrativo y político, provoca desesperanza.

El análisis de la guerra con Chile; la revisión de las causas remotas e inmediatas; la precisión de responsabilidades y culpas —no se debe omitir a González Prada— todo aumenta el tono ácido y crítico de esa hora, que alienta simultáneamente el espíritu de trabajo y la voluntad de renacimiento de la República, forjados y acrecentados en los años de lucha y de tantos dolores.

Podría, en fin, pensarse en otro factor. La lección de una política internacional en la que se olvida la inteligencia y el empeño nacionalistas de juristas y políticos, frente a penosísimas mutilaciones territoriales.

No es infrecuente advertir, sobre todo en la gente joven, comparaciones de orden material entre nuestro ambiente y otros medios con mayor adelanto, y no atender, al mismo tiempo, a la totalidad del comportamiento humano para obtener así una apreciación armoniosa.

En esta memoria triste de fenómenos negativos podría consignarse otra reflexión que aparece en tertulias y ensayos. Cómo explicar que el Perú que tenía universidad e imprenta cuando ni siquiera existían algunas de las grandes ciudades que representan hoy los más altos escalones de autoridad y de poder, se encuentre en nuestra hora entre los pueblos en vía de desarrollo, o con desarrollo desigual. Frente a esta pregunta con evidente poder de convencimiento, no se menciona que nuestro menor adelanto material y el mayor progreso de otras regiones, son asuntos que deben estudiarse en el contexto y en la interrelación de la Historia Universal, y no como el fracaso de un pueblo.

Los temas planteados y otros más, y otros argumentos y otras reflexiones podrían presentarse para desentrañar las causas del mencionado pesimismo nuestro.

en el ánimo de los peruanos y crean una forma de retrato negativo frente a las posibilidades de un gobierno con estabilidad. El sufrimiento por el desorden administrativo y político, provoca desesperanza.

El análisis de la guerra con Chile; la revisión de las causas remotas e inmediatas; la precisión de responsabilidades y culpas —no se debe omitir a González Prada— todo aumenta el tono ácido y crítico de esa hora, que alienta simultáneamente el espíritu de trabajo y la voluntad de renacimiento de la República, forjados y acrecentados en los años de lucha y de tantos dolores.

Podría, en fin, pensarse en otro factor. La lección de una política internacional en la que se olvida la inteligencia y el empeño nacionalistas de juristas y políticos, frente a penosísimas mutilaciones territoriales.

No es infrecuente advertir, sobre todo en la gente joven, comparaciones de orden material entre nuestro ambiente y otros medios con mayor adelanto, y no atender, al mismo tiempo, a la totalidad del comportamiento humano para obtener así una apreciación armoniosa.

En esta memoria triste de fenómenos negativos podría consignarse otra reflexión que aparece en tertulias y ensayos. Cómo explicar que el Perú que tenía universidad e imprenta cuando ni siquiera existían algunas de las grandes ciudades que representan hoy los más altos escalones de autoridad y de poder, se encuentre en nuestra hora entre los pueblos en vía de desarrollo, o con desarrollo desigual. Frente a esta pregunta con evidente poder de convencimiento, no se menciona que nuestro menor adelanto material y el mayor progreso de otras regiones, son asuntos que deben estudiarse en el contexto y en la interrelación de la Historia Universal, y no como el fracaso de un pueblo.

Los temas planteados y otros más, y otros argumentos y otras reflexiones podrían presentarse para desentrañar las causas del mencionado pesimismo nuestro.

No obstante puede citarse un registro parejo de grandes momentos de ilusión o de esperanza. Sin mencionar edades remotas, el advenimiento de la Independencia; el gobierno en manos nuestras; los años de sosiego y de señorío del Perú en América que podríamos encarnar en la persona de Castilla; la esperanza en un gobierno presidido por las instituciones y no por el caudillaje personal; los años de estabilidad democrática que se inician en 1895; el aliento de estudio de los asuntos nuestros que vive en la generación del novecientos; avances innegables dentro de nuestras limitaciones y pequeñeces, en los campos de la educación, de las comunicaciones, de la vivienda, de la salud, de la seguridad social; avances, igualmente indudables en el rigor técnico de instituciones nuestras que quieren dominar la improvisación y las veleidades personales.

Si bien en el orden moral el hombre no tiene el derecho a ser pesimista y a ver con encogimiento el futuro, aun en las circunstancias más graves, si avanzamos en el tema, el balance de nuestra sociedad y nuestra República no nos invita al decaimiento. Con abrumadoras notas negativas, encierra un conjunto no menos abrumador de vencimiento de obstáculos, de dignidad frente al sufrimiento, de voluntad de trabajo, de discreción humana, de habilidad personal, que deben alentarnos a dominar toda forma de abatimiento.

Sin soslayar los defectos, limitaciones o deformaciones de nuestra enseñanza, toda la responsabilidad no es del magisterio. El ambiente, los prejuicios, las costumbres, crean un clima que no es propicio, que no permite una labor docente que domine tantas ideas previas, y tantas actitudes sentimentales, frívolas.

¿Cuál es la respuesta que podemos ofrecer los profesores de Historia del Perú a tanto pesimismo, ignorancia, des-criterio?

Pienso poco a poco, lentamente, con el medio adverso, el único camino para destruir la dicotomía entre el hombre y su historia, el único camino para que nuestra gente gane una cabal conciencia histórica, es orientar nuestra enseñanza en contorno de dos grandes cuestiones. La primera, *comprender lo que es el pasado*, y lo que significa para la historia de un hombre y de un pueblo. La segunda, *orientar nuestra enseñanza en función de un solo gran tema, la formación de la sociedad peruana*, en otras palabras, *la formación histórica del Perú*.

Si el alumno no entiende por qué estudia historia; si le agobian los nombres y las fechas; si en los exámenes se le invita a una respuesta objetiva y de simple repetición de memoria; si se le dice que la Historia del Perú es importante porque vivió en nuestro país un hombre ilustre, un soldado heroico o un hombre venerable por su virtud; si se le explica que nuestra sociedad fue muy rica, que tuvo señorío sobre toda América y que fuimos en días remotos muy justos y más tarde perversos; si las clases de un profesor presentan a un Perú de leyenda dorada que el alumno no descubre, y las enseñanzas de otros hablan de nuestra sociedad como si fuera la más retrasada e indigna de la tierra, cómo no asombrarnos que más tarde el hombre maduro que recibió semejante formación no sea pesimista.

Y si se añade a lo dicho, la negativa visión de lo nuestro que viene de publicaciones no estrictamente historiográficas, se entenderá muy bien la separación entre hombre e historia que está en la raíz de este discurso.

Muy distinto será el cuadro de nuestra relación con la historia si en primer lugar se explica por qué estudiamos historia, por qué estudiamos el pasado.

El pasado no desaparece; un hecho, una persona, pierden su presente, se desrealizan pero perviven en el futuro, como dice Javier Zubiri. "posibilitando nuevas posibilidades". "Nunca lo que alguna vez fue deja de ser íntegra-

mente, el pasado no vive en el presente sólo como un recuerdo sino como parte de nuestra misma realidad”, añade el mismo Zubiri.

Nosotros estudiamos el pasado, estudiamos su historia, porque es parte de nuestra vida misma, porque explica cómo fuimos antes y cómo se ha definido la realidad de la hora presente. Aunque parezca contradictorio, conocer la historia es una buena manera de comprender el mundo contemporáneo que nos rodea.

Si parafraseamos a Américo Castro podríamos decir “los peruanos, cómo llegamos a serlo?”.

La respuesta la podemos descubrir en el estudio del pasado de nuestra sociedad, que a través de los siglos ha creado nuestro mundo, nuestro ambiente.

Una idónea interpretación nos indica, primero, que el pasado no nos es ajeno, que nos pertenece; segundo, que en el pasado se ha formado nuestra sociedad, a través de los siglos; que no es creación de un grupo de hombres, de un caudillo, o de un momento deslumbrante.

No por nostalgia, no por afán de revivir el pasado, que sería una perturbación; no por descontento de nuestro presente que debemos vivir con alegría; por una razón intelectual y lógica debemos afirmar nuestra solidaridad con el pasado, lo que no quiere decir que sea responsabilidad nuestra, o que ese pasado fuera bueno o fuera malo; simplemente se expresa que el pasado es nuestro, que no nos es extraño.

“No hay raza de las que habitan el territorio ni hay época de los sucesos realizados en él que puedan considerarse ajenas a nuestra idea de patria, y cuyo olvido o desprecio no enflaquezca y menoscabe el sentimiento nacional. El estudio de todas ellas debe integrar y ahondar el patriotismo, porque todas ellas componen el cuerpo y el alma del Perú”.

Reitero la idea central que deberíamos recibir en la

familia y en la escuela: en la historia, en el pasado, en el ejercicio de la libertad que Dios concede al hombre, se forma una nación. Este concepto elemental, de verdad obvia, no se vive y éste uno de los fundamentos de la ruptura con la historia.

Ruptura de verdad anormal en todos sus extremos, dado que el pasado es elemento integrante de nuestro ser fuera y por encima de afecto o desagrado. Como tantas veces se ha repetido a través de los siglos, y no es retórica, quien niega al pasado de algún modo se mutila, se desconoce, se niega a sí mismo. Desde todos los planos es un caso de anormalidad en el orden de la concepción misma de la historia y de la relación del hombre con su propio pasado. Y ninguna de estas violaciones carece de efecto. El hombre o el pueblo que ignora o niega su propio origen vivirá con vacilaciones, dolor, incertidumbre.

Otro matiz importa puntualizar. Sobre todo en las generaciones jóvenes se imputan las desgracias presentes a las generaciones anteriores, y se niega el pasado porque se le advierte, con error o acierto, origen de muchos males. Y aquí hay que reconocer un descriterio más en el planteamiento. Que el pasado haya encerrado múltiples injusticias o errores puede ocasionar que lo estudiemos o lo vivamos con comodidad o desagrado, mas de ninguna manera autoriza su negación. El pasado es nuestro no por un juicio de valor; no por sus virtudes o sinsabores, sino porque ahí encontramos nuestro origen; porque es parte de nuestro ser.

Grave y difícil tarea ésta de descubrirle al hombre lo que él vive y tal vez no advierte. La ruptura entre el hombre y la historia concluirá el día que se entienda la vigencia del pasado en la vida de todos los días.

Y pasemos al segundo punto. Cómo encarar la historia, la enseñanza de la formación histórica del Perú.

Es indispensable una premisa. ¿Al hablar del Perú, de quién hablamos?

Hablamos de la sociedad peruana de más de diecisiete millones de habitantes, que se independiza de España en 1821 y que durante ciento sesentiún años ha luchado por el dominio de su territorio, ha participado en primera persona en el mundo internacional, ha defendido en guerras y embates jurídicos la herencia que recibió de siglos y milenios, ha formado un tipo humano que convoca a toda la sangre del mundo, y con sombras terribles, con avances y con penosas caídas continúa en la lucha por una sociedad en que la injusticia sea menor; hablamos además de este Estado de ciento sesentiún años, de una nación que comienza a formarse cuando se encuentra en nuestro territorio el hombre andino, el hombre español y el hombre africano; y hablamos, en fin de una patria peruana, Patria quiere decir padres, muy vieja, milenaria. Si bien la nación peruana principia a formarse en el siglo XVI, pertenece a nosotros, a nuestro recuerdo, a nuestro cariño y a nuestra sangre, todo lo que ha sucedido en nuestra tierra desde que el hombre, miles de años atrás comenzó a vivir en ella y a dominarla.

El Perú, como se ha dicho e importa repetirlo siempre, es un Estado joven, una nación más que secular, una patria milenaria.

En nuestro trabajo advertimos a dos grandes personajes. El hombre peruano y la sociedad peruana. El hombre peruano de indefinibles características antropológicas, y que sólo se le podría presentar como hombre mezclado que a las tres fuentes originales del siglo XVI, ha incorporado a su caudal sanguíneo, en el siglo XIX y en nuestro tiempo, el aporte asiático y otros menores en volumen, latinos y anglosajones.

Si bien el mestizaje biológico es fenómeno habitual en la historia del hombre, en el caso peruano es la mezcla la que va a conceder, con otros múltiples testimonios, forma y contorno a lo que entendemos como peruano.

El segundo personaje es la nueva sociedad que principia a formarse en el siglo XVI. La nueva actitud humana que no es española, incaica, africana; que es, de verdad, una sociedad distinta, original.

Hay que superar un gran tropiezo que perturba al estudiante y al maestro. El tropiezo se encuentra cuando intentamos juzgar, insensiblemente, actitudes, leyes, personas, y formular elogios dogmáticos o anatemas igualmente sólidos.

Otro obstáculo se encuentra en el carácter imperfecto y heterogéneo de esta nueva entidad social. En un siglo virreinal, como ahora, la observación advierte cómo en el medio peruano hay muchas formas de mezcla, hay muchas maneras de ser mestizo en la realidad biológica y en el ambiente cultural y en las costumbres; mas, importa penetrar en el núcleo mismo, en el meollo de la mezcla y descubrir cómo en la riquísima variedad de nuestra vida existe un "fondo cultural común" en la triple mezcla primigenia, que evidentemente no se desarrolla ni por la presencia humana, ni por circunstancias sociales, históricas, geográficas, de modo idéntico en todos los rincones del Perú.

La variedad no niega el hecho básico y esencial de la mezcla. *El encuentro humano y cultural entre el hombre español y el hombre incaico, es muy rico; complejo y muy difícil.* Son dos tipos humanos ambos con mestizaje denso, con historia milenaria en la lucha y en la afirmación de la vida en su propio territorio, con vocación estética muy vieja actualizada de modo distinto pero con prestancia en cada caso, con organización social igualmente muy diversa pero seria y compleja. Todo este conjunto de elementos y muchos más suscitan al mismo tiempo matices, tropiezos, transformaciones, cambios, pervivencias en el proceso del mestizaje. Es, pues, un mestizaje pletórico, muy difícil, arduo.

Ahora se desprende otra reflexión. En muchos pueblos

andinos es frecuente observar formas prehispánicas que deben entenderse no como manifestación de impermeabilidad cultural, sino como muestra de la dificultad de la mezcla por la riqueza de los mundos que se encuentran. Además, el mestizaje no es el término, no es la muerte de lo anterior, sino la transformación, el renacimiento de algo.

Planteadas las precisiones anteriores, cuál debe ser nuestra tarea. Al lado de la explicación de los hombres, de los hechos, de las instituciones, de la colonización, explicar con la mayor claridad posible cómo principia a formarse un mundo nuevo en todas las facetas de la vida. ¿Qué no se transforma en la sociedad nuestra desde el siglo XVI?. Las comunicaciones y la técnica agrícola y minera; el paisaje que se enriquece con árboles, flores y frutos; el quechua y el español registran nuevas palabras; nace una arquitectura, una pintura, una artesanía, en fin, testimonios de un nuevo ambiente. ¿Acaso no cambia la vida doméstica con la presencia del libro, de los muebles, de nuevos temas de conversación y de la difusión del Evangelio?

Pero aquí aparece inmediata la objeción. Se dice que el esquema anterior es válido para las sociedades cultas de la costa o de los Andes y que el hombre andino agricultor sigue impertérrito inmerso en su exclusivo mundo de recuerdos singulares.

Evidentemente que todos los elementos culturales de la mezcla no se van a vivir sino en ambientes alfabetos de medios urbanos o rurales adelantados; sin embargo, el aislamiento absoluto no es el hecho cultural común. Sí, de otro lado, hay que reconocer, como antes se dice, que la vigencia de elementos culturales prehispánicos, cierta en muchos grupos andinos, no es prueba de un apartamiento de la historia.

Vuelvo a consideraciones anteriores. Hay que aceptar que el mestizaje no es un molde rígido sino un renacimiento humano y social que gana tanta actualidad y

características propias, cuantas aparecen en las fuentes del proceso.

Tal vez si ponemos énfasis en el hombre común y en las transformaciones de las costumbres, descubriremos cómo el proceso histórico del Perú antes que político es un asunto de forma de vida; de una nueva forma que lentamente se gana, con muchas escorias, con muchas imperfecciones.

No hay duda alguna sobre las injusticias, defectos, voluntad de dominio, pretericiones humanas y múltiples otros aspectos opacos del mundo histórico en el cual germina la sociedad peruana. No se afirma ningún juicio de valor como una sentencia irrevocable. Simplemente se explica que entre injusticia, aciertos, limitaciones, errores múltiples, se actualiza una sociedad que no es incaica ni española, sino distinta de ambas y solidaria con las mismas.

Si usamos el lenguaje de Vidaurre, en los días precursores de la Independencia, podríamos decir que "basta tener ojos" para reconocer una nueva forma de sociedad.

Para estudiar la formación de nuestra comunidad debemos esforzarnos por entender en el orden de la inteligencia, aparte toda nota afectiva, que si negamos lo incaico o lo español, mutilamos el ser mismo del Perú. Esta solidaridad con los dos grandes aportes creadores del Perú, tal vez es impertinente reiterarla esta noche, por clarísima y cierta; no obstante, es frecuente en el comportamiento diario de los peruanos, ese afán de elogio o de diatriba que fracciona al país e impide toda forma de solidaridad con la historia, porque se la conoce mal, no se la quiere, o se la imagina de una manera que nunca existió.

La solidaridad con la historia se ganará cuando el hombre entienda cómo ha creado a su pueblo y cómo sus propias características son obra de la historia. Si seguimos este camino sí se podrá hablar de conciencia histórica.

La solidaridad con el pasado no significa aprobación de lo que antes ha sucedido, ni conformidad con tiempos

antiguos. Simplemente define un origen, una continuidad que el hombre debe esforzarse porque sea menos imperfecta.

Existe otra veta de observaciones, de cuestiones.

Las variantes en nuestro mestizaje antes señaladas, las peculiaridades excepcionales ciertas, permiten manifestar a algunos que la sociedad peruana no existe, y que son diversas las realidades nacionales que conviven en un mismo territorio.

La observación anterior se apoya en un hecho cierto que es la variedad en el tronco común y de este fenómeno desprende una absoluta pluralidad.

Como antes se manifiesta, el Perú es una realidad social e histórica compleja y con factores peculiares; no obstante, estas peculiaridades no niegan el cauce común, ni la historia común, ni el futuro que debe llevarnos, igualmente, a un fortalecimiento de la comunidad en la variedad.

Aquí procede la pregunta que muchos pueblos se han planteado en el transcurso de su historia. ¿Qué justifica la vida común? El origen en una historia, igualmente común, que en el futuro debe acrecentar los elementos de unión y no las peculiaridades que puedan separarnos. La alternativa es primaria. En el futuro fortalecemos los elementos mestizos que nos unen, o fortalecemos las características regionales para la disociación nacional.

Se cuestiona, asimismo, la llamada historia común. Se dice que la historia andina ha continuado paralela en una observación distante, ausente del proceso de transformación, de creación de la sociedad peruana. Aquí también existe un forzamiento de los hechos. El mestizaje en todas sus fórmulas llegó a los rincones de los Andes y produjo expresiones culturales distintas del mestizaje costeño, pero semejantes en el fenómeno de la mezcla misma.

No hay varias historias del Perú. Hay una sola, com-

pleja, que por distintos caminos y con ropaje distinto y con vocabulario diverso y con costumbres particulares y con recuerdos específicos, llega a una misma meta que es la sociedad contemporánea que descubre en la comunidad racial y cultural su única explicación.

Cuando se apela a una historia, creadora de una forma de vida en común, no se pretende sostener que esa forma de vida inalterable existiera desde siglos. Precisamente se sostiene que el Perú actual, el único, es fruto de una sociedad en proceso de perfeccionamiento y que comenzó a integrarse en el siglo XVI.

En este recuerdo de objeciones diversas, especialmente en las generaciones más jóvenes, se arguye que este planteamiento de la sociedad mestiza es como una forma implícita de justificación de las limitaciones e injusticias de nuestra sociedad.

Decimos que la sociedad peruana encuentra su diferencia específica en el mestizaje incaico español africano, y que este consorcio debe perfeccionarse para que la conciencia histórica del mismo sea nítida e inequívoca. No sostenemos que la sociedad actual sea perfecta o ajena a errores y deficiencias. Los agobiadores problemas de nuestro mundo en el orden de ingreso personal, de la estabilidad de la familia, de la educación, de la salud y de la vivienda, del comportamiento moral, no pueden negar la verdad de nuestro mundo histórico. Mundo el nuestro con dramáticas limitaciones humanas, pero cierto, que no es una falsificación, ni una falacia.

Precisamente el perfeccionamiento del mestizaje y la plena realización de la justicia, son los dos grandes temas que en términos solemnes integran la vocación del Perú.

Debemos fortalecer nuestra solidaridad, fomentar la conciencia de lo que somos. Es curiosa la situación del hombre peruano. Es mestizo y no sabe que lo es; o torpemente y sin fruto alguno niega su mismo ser. Igual, y

como efecto, la sociedad vive de espaldas a su verdadero ser histórico.

Primerísima tarea de nuestro tiempo es reconocer nuestra realidad personal y nuestra personalidad comunitaria, dentro del sentido de totalidad de la Historia del Perú.

Si en todas las horas de la vida de un pueblo es necesidad imperiosa la clara conciencia histórica del mismo, en nuestro tiempo la urgencia es redoblada. El crecimiento de nuestro país; el mayor entretreído con todos los pueblos de la tierra; la presencia a través de noticias, espectáculos, libros, de costumbres y formas de vida que responden a otra jerarquía de valores; la interrelación ideológica y la voluntad de influencia de unos sistemas o de otros, que es un signo de nuestro tiempo; todo obliga a un fortalecimiento de la propia personalidad para que nuestra gente, y sobre todo la juventud, gane clara conciencia de su historia y de su vocación.

Y hay algo más ajeno a todo optimismo retórico. En el contexto de las múltiples limitaciones y deficiencias que en este discurso hemos recordado, hay que recordar, asimismo, la personalidad histórica de nuestro Estado; el carácter histórico de la República. La soberanía nuestra no responde a negociaciones políticas, ni a artificios de equilibrio internacional. El Perú, como los países hispanoamericanos viejos, no es fruto de un triunfo transitorio, ni de una hazaña memorable, es consecuencia de una larga historia que enriqueció en el antiguo Imperio Español propias personalidades nacionales. En el caso de la Independencia Hispanoamericana, la comunidad humana imperfecta y con múltiples limitaciones, pero con limpia singularidad, es anterior a la organización política. No es retórica decir que las nuestras son Repúblicas históricas.

Y aquí aparece otra reflexión. Precisamente el nacionalismo nuestro no se opone sino que nos lleva de la mano a la comunidad andina e hispanoamericana que en-

cuenta en la historia la enseñanza de la unidad. Si ésta se quiere apoyar en la economía solamente, o únicamente en la política, todo será diálogo vacío y armonía aparente. En cambio si se fortalece la conciencia de la propia personalidad de cada pueblo, y de hispanoamérica en conjunto, las discrepancias, los recuerdos dolorosos, las contradicciones de intereses, se vivirán con un espíritu y tono distintos, y el fortalecimiento de cada nacionalismo perfeccionará la comunidad histórica y cultural de nuestros pueblos.

Y la historia tiene otra palabra que decir en la hora presente. La lucha por nuestro desarrollo, la mejora de todos los valores en las estadísticas, todo será incompleto o superficial si no adquiere claridad la conciencia histórica del hombre peruano. Enseñar Historia del Perú con seriedad; enseñar Historia del Perú sin intención política que use datos y las ideas para los propios intereses de un grupo; enseñar Historia del Perú para que el alumno comprenda, como en la historia de la propia familia, cómo han madurado nuestras costumbres y cómo se ha formado nuestra sociedad; enseñar, en fin, Historia del Perú con rigor y con limpieza, no es tarea accesoria o desdeñable en la vida peruana.

Igual en una familia. Puede consignar altos índices en el orden económico, en el orden de la vivienda y de la salud, mas, si en ella no hay afecto, jerarquía de valores y sentido de permanencia, ahí sólo existe un grupo humano sin unidad; no es una familia.

El desarrollo nacional sin conciencia histórica es tarea vana e imposible.

Conciencia histórica sin enseñanza cabal de la propia historia, es igualmente tarea imposible.

El profesional, el obrero, el empleado, en primer término debe ganar madurez en la profesión de ser peruano. En esta profesión la Historia del Perú deja una huella intransferible.

Obra de civilizaciones que buscaron en cada caso una interpretación total del mundo, con una antigüedad milenaria y con experiencia ejemplar en el dominio del territorio y en el descubrimiento de la belleza, con el tono humano de nuestro estilo, sereno y discreto, ajeno a efusiones excesivas, de pocas palabras, enemigo de la estridencia y del barullo, con la quiebra de tantos principios morales o con el olvido de los principios, nuestra sociedad tiene reservas en su misma historia y tiene ejemplos no muy distantes para recuperar la energía necesaria y vencer tanta prédica iconoclasta y tanta lección negativa que en los últimos lustros ha querido deformar la Historia del Perú.

Los profesores de Historia del Perú y todos los peruanos debemos rechazar el pesimismo que aniquila, como posiciones triunfalistas que crean un mundo artificial. Nuestro esfuerzo debe limitarse a estudiar la verdad por encima de todo, y a cultivar entre nuestros alumnos la serenidad sin la cual la vida de la inteligencia es una quimera.

La historia puede ofrecer una palabra de concordia. El pasado nos enseña cómo leyes injustas, ambiciones personales, voluntad de poder, egoísmos inflexibles, han dividido a nuestra gente; mas, la misma historia nos dice cómo hay ricos valores comunes que rescatar, cómo debemos subrayar nuestra comunidad de sangre, nuestra lucha por dominar un territorio muy duro. No debemos olvidar que los recuerdos nos congregan y que el mestizaje nos enseña armonía en la unión de factores humanos y sociales diversos.

La historia, en el esfuerzo por comprender el pasado —que es su tarea— observa los sucesos con la sobriedad que ofrece la distancia, afirma lo esencial, omite lo superfluo y lo que mancha, elimina aristas y residuos, y asocia en su estudio y afecto a quienes en su día lucharon con denuedo, sin saber que trabajaban por caminos distintos al servicio de un ideal común.

Igual que en el esfuerzo de los Incas la unidad de territorios del Imperio es objetivo esencial; del mismo modo que en el tiempo de la colonización el germen de una forma de vida distinta es el quilate superior; si Garcilaso se esforzó en el Cuzco por encontrar una explicación a su vida misma y al mundo que veía naciente; del mismo modo que los hombres del Mercurio Peruano entendieron nuestro no sólo la época española sino el tiempo incaico y las borrosas edades anteriores; igual que los hombres que ganaron la Independencia advirtieron que la tarea más grave era fortalecer las nuevas instituciones y evitar la anarquía; con el mismo espíritu con que nuestros abuelos trabajaron para levantar el país de la postración, hace cien años; con análogo empeño al de la generación del novecientos que trabajó el tema peruano, nosotros en nuestro día, debemos ganar y transmitir confianza en el Perú y en la propia personalidad mestiza de nuestro pueblo.

Con el desarrollo, la meta de la hora presente es la conciencia clara de nuestro ser mestizo.

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON AURELIO MIRO QUESADA SOSA

La Academia Peruana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, recibe complacida al nuevo Miembro de Número que se incorpora hoy oficialmente a nuestra casa. Cuando en 1980, con ocasión del VIII Congreso de Academias de la Lengua, decidimos ampliar nuestra nómina y buscar en diversos sectores a quienes nos acompañaran con su dedicación y con sus luces, uno de los primeros nombres que surgió fue el de José Agustín de la Puente Candamo, quien después fue elegido con la más honrosa votación. Sabíamos que al recibir al nuevo Académico no sólo reconocíamos su labor de maestro y su notorio prestigio intelectual, sino cumplíamos lo que siempre hemos deseado para nuestra institución casi centenaria: la comunidad espiritual dentro de su legítima pluralidad de preocupación y de opiniones, la devoción sin retaceos por todo lo que atañe a la cultura del Perú.

Tal es el caso de José Agustín de la Puente Candamo, a quien la Academia Peruana de la Lengua me ha dado el grato encargo de saludarlo y responderle su excelente discurso de toma de posesión.

Nacido en Lima en 1922, puede decirse que el nuevo Académico no sólo es desde entonces sino desde mucho antes vecino de Lima. En su bellísima casa-quinta de Orbea, una de las joyas de nuestra arquitectura virreinal que él

cuida diariamente con esmero y con arte, las paredes están ornadas con los viejos retratos de antepasados suyos, que representan una tradición de señorío pero también entrañan una responsabilidad. Y esa responsabilidad se le acrecienta con la virtud republicana de su abuelo materno, el sereno estadista, el varón justo que fue Manuel Candamo, Presidente Constitucional de la República, a quien la muerte arrebató cuando más se esperaba de su talento y de su patriotismo.

Esa doble tradición familiar tiene que haber influido y decidido la vocación de José Agustín de la Puente por la historia. Alumno del Colegio de los Sagrados Corazones o de la Recoleta, seguidor de estudios superiores en la Pontificia Universidad Católica de Lima, catedrático allí mismo al poco tiempo en el curso de Historia del Perú en la Independencia y la República, su labor ha sido constante y fructuosa. Desde la fundación del Instituto que lleva el nombre ilustre de José de la Riva-Agüero ha sido además, sucesivamente, Secretario, Sub-Director y Director de ese centro de estudios; ha dirigido allí el Seminario de Historia por veinte años; y ha lucido sus dotes de organizador como Decano de la Facultad de Letras.

Pocos autores han sabido mantenerse, a través de los años, tan fieles a sí mismos y a su labor intelectual. Pocos como él tan serios y tan auténticos en la investigación, tan caudalosos en el acopio de fuentes documentales publicadas e inéditas, tan rigurosos en el análisis de personajes y de etapas históricas. Pocos como él también han conservado al fondo de su documentación y de su método la afirmación de la nacionalidad, la entereza moral para sostener sus principios, con una forma suave y una elegante y serena medida.

Su primer libro publicado fue "San Martín y el Perú - Planteamiento doctrinario", que obtuvo el premio nacional de Fomento a la Cultura. Allí estudió la acción en el Perú

del Gran Capitán de los Andes, desde la idea fundamental de llegar al Perú por el Pacífico y no empeñarse solamente en la desgastadora campaña por el Alto Perú, hasta su desembarco en nuestras playas, la prudencia para lograr que Lima cayera con la neutralidad de una fruta madura; y luego el Protectorado y su obra jurídica, las desazones internas y externas, la entrevista con Bolívar en Guayaquil y el abnegado retiro del Prócer. De la Puente acentúa el pensamiento esencial de San Martín y no se arredra, con honradez histórica, ni ante el tema difícil del plan monárquico; y esto por dos razones: porque en aquel momento lo principal para San Martín era conseguir la independencia y lo secundario la forma de gobierno, y porque a pesar de cualquier monarquismo tuvo siempre la virtud cívica del republicano, el respeto a la libertad y a la "voluntad general de los pueblos".

Son ese paso del Virreinato a la República y luego los años de determinación de la nacionalidad los que más atraen la investigación de De la Puente. Es una etapa fundamental, porque a pesar de los cambios externos y por encima de todas las teorías, en ella se revela la continuidad esencial del Perú. Por más evidentes diferencias, desafío de zonas geográficas, distinciones de color y de clase, peculiaridad del proceso en el tiempo, hay en el fondo una unidad, un "todo histórico", que es lo que marca con caracteres distintivos la personalidad nacional del Perú.

José Agustín de la Puente insiste en esa continuidad y como centro de su pensamiento y de su obra afirma no sólo la realidad tangible sino la importancia moral y espiritual del mestizaje. No se trata únicamente del proceso biológico, que hizo que el Inca Garcilaso asumiera orgullosamente el nombre de mestizo y se honrara con él. Los nuevos criterios desplazan a un campo secundario los elementos étnicos y la estadística resuelve problemas que antes se plantearon, con la comprobación del número de mestizos

absolutamente mayoritario en el país. Pero para nosotros es algo mayor y más profundo, que está en todo y por todo, en la tierra, la sangre y la historia, en la presencia física y en el contenido cultural. Por encima de valoraciones y de juicios, más allá y más acá de las apreciaciones subjetivas, está la verdad palpable y objetiva del mestizaje constante y solidario en todos los aspectos de la vida nacional.

Es éste un motivo constante de la meditación de De la Puente; pero hay otros temas enlazados en sus raíces y en su evolución: la formación histórica del Perú, los antecedentes de la Independencia en el siglo XVIII, lo que él llama la "causa" y la naturaleza de nuestra emancipación, el pensamiento político de San Martín y su identificación con el Perú, la independencia nuestra dentro del proceso de la independencia hispanoamericana, el autoritarismo y la anarquía en los comienzos de la vida republicana, Bartolomé Herrera y su concepción del Perú, Manuel Pardo y su respeto al orden y a la vida institucional, la calidad humana de Miguel Grau y su heroísmo, los dolorosos años de la guerra, el renacimiento nacional y, ya sobre tiempos más cercanos, la visión del Perú en José de la Riva-Agüero y Víctor Andrés Belaúnde, maestros de pensamiento en la Universidad Católica.

Quizá como lema general de De la Puente podría repetirse el título que puso Riva-Agüero a una recopilación de sus estudios: "Por la verdad, la tradición y la patria".

Así se ve también en el hermoso discurso que nos acaba de leer. No es sólo la reflexión profunda de su autor, sino su aplicación como maestro a la doctrina y al sistema de la enseñanza de la historia. ¿Qué es el Perú para los peruanos? ¿Cuál es la relación entre la enseñanza de la historia nacional y la vida peruana?, se pregunta. Y de su estudio se desprenden dos grandes respuestas.

La primera, la importancia de la historia, no como narración o reconstrucción de un pasado que puede sentirse

distante o ajeno, sino como reconocimiento de una parte viva de nuestra propia realidad. El pasado del país no es nunca un asunto extraño, porque, nos guste o no nos guste, con sus luces o sombras, con sus venturas o sus desventuras, está vigente siempre en nuestra vida de todos los días. La historia del Perú es una sola y desechar alguna parte de ella sería como arrancarnos algún pedazo de nosotros mismos.

La segunda respuesta, enlazada con la anterior, es que el estudio de nuestra historia es esencial para entendernos, para conocer la formación espiritual y social del Perú, para saber también a dónde vamos. No hay desarrollo nacional —nos dice— sin una conciencia histórica; y no hay conciencia nacional sin un conocimiento cabal de nuestra historia. Lejos de la ignorancia y del desánimo, pero sin pueriles triunfalismos, nuestra obligación es conocernos y, al conocernos, fortificar lo que nos une y no extremar nocivamente lo que nos separa o nos desune; porque el gran mandato en el Perú es la solidaridad de los peruanos.

Recojamos este noble mensaje y al recibir como Académico a José Agustín de la Puente Candamo en este solemne día de su toma de posesión, reiterémosle, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, nuestra más sincera y cordial bienvenida.

HOMENAJE A DON LUIS FERNAN CISNEROS EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

(Sesión pública del 25 de noviembre de 1982)

FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR DON ALBERTO TAURO A NOMBRE DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Convocado por nuestro recuerdo, ha venido Luis Fernán Cisneros desde la augusta sombra donde mora. Ha venido para incitarnos a reconocer la efusión sentimental que animó su vida y supo volcar en sus versos, las fluidas estampas de hombres y hechos que lo impresionaron, el testimonio y el mensaje que bullen en sus "ecos" de la vida cotidiana. Y a través de su palabra bien temperada llegamos a fijar los discretos términos de una confidencia. Según le escuchamos: "El recuerdo es el gran poeta del espíritu, que permite contemplar las heridas pasadas sin sentir el puñal... ¿Quién no daría la vida misma por recordarla sin vivirla, porque no tuviera sino pasado y mañana?". Y con disposición semejante nos aproximamos hoy a su imagen y su verbo o sea, apartando las circunstancias dolorosas que pudo afrontar en su vida, para atender sólo a la viril reafirmación de sus afinidades y a los cautos juicios que le inspiraba la observación de la realidad. Pues prefirió

los tonos amables; cuando las situaciones pudieron inclinarlo a ser incisivo, adoptó la ironía; y para apartarse del dicitario o la diatriba destacó las pequeñas debilidades de los hombres o algún ameno rasgo de su conducta. Quizá afectó a veces una zumbona superioridad, pero nunca descendió a la malignidad. Y por eso no suscitó pasiones, ni su obra ha originado debates, ni tiene una actualidad incitante. Tal como lo quiso, su vida y sus expresiones creadoras pertenecen al pasado; son el pasado, sencillo y vibrante, animado y sugestivo; y desde esa región umbría se proyectan al futuro.

Luis Fernán Cisneros nació en París, y “entre la sombra de un brumoso día” 22 de noviembre de 1882. Allí había viajado su padre, el poeta Luis Benjamín Cisneros, mientras los azares de la guerra cernían la zozobra sobre el Perú. Y lejos del país debía cumplir una dolorosa tarea, pues, no obstante el triunfo logrado en los cálidos arenales de Tarapacá, y los ejemplares despliegues de heroísmo que los defensores de la patria prodigaron en Tacna y Arica, el enconado adversario había tomado posesión de las riquezas y las posiciones estratégicas de aquellos departamentos; y en su condición de gerente de la Compañía Salitrera del Sur, asistía el poeta a la liquidación de la que fuera próspera empresa. Volvió luego al solar nativo, pero trocada en decorosa escasez la fortuna que labró mediante dilatados esfuerzos; a su anterior auge sucedió el recato, y la penumbra al esplendor. Y evocando en sus versos la amargura que durante esos años se proyectó sobre su espíritu y determinó los tremolantes tonos de su poesía, Luis Fernán Cisneros escribió:

Mi patria es un pobre refugio terreno;
mi hogar, una humilde quietud aldeana;
mi padre, poeta; mi madre, cristiana;
tengo que ser triste, romántico y bueno...

Pero a esa adversidad se sumó la postración física, la parálisis que durante dieciseis años probó la resignación y la fortaleza anímica de Luis Benjamín Cisneros: "Una resignación a lo largo de dieciseis años, que se enuncian muy pronto pero que para él pasan minuto por minuto; y un silencio que es como densa aureola del sillón de ruedas; y un monólogo dramático que se adivina implacable en el silencio; soñó conducir triunfalmente su hogar, hasta asentarlo en serenidad, y el destino lo obliga a ser testigo mudo y maniatado de la miseria de los suyos; pero no cabe duda de que el monólogo encuentra a ratos vislumbres de consuelo, porque no en vano fue buen padre... y no en vano el corazón de los hijos está poblado de máximas que él repetía y practicaba".

A través de las vivencias que suscitó esa situación crepuscular, transida de angustias y de silencios, forjóse una hermosa identificación entre padre e hijo. Y desde una respetuosa condolencia ante el dolor paterno, se advierte cómo nace en el hijo la admiración ante las intensas estrofas que el vate inmovilizado consagró al amor y la esperanza. Y a partir de la relación afectiva emerge una comprensión cabal, que se vuelca en resonancias de fecunda proyección. En una confianza, lo dice, trémulamente, Luis Fernán Cisneros:

Hijo de poeta, yo heredé una pena
que a la poesía me ata y encadena
con pasión dormida:
yo heredé una vaga pena de la vida
que al ser de mi padre se hizo noble y buena.

Padre de mi alma, pensamiento fijo
de mi taciturna soledad: me aflijo
al pensar que es triste, queriéndote tanto,
que no te despierten en el camposanto,
padre de mi alma, los pasos de tu hijo.

Todavía, padre, mi dolor te siente
presente en mi vida y en mi hogar presente:
percibo en mi alcoba tus pasos de enfermo,
acudo a tus voces, te mimo y te duermo,
te beso en la frente.

Todavía en medio de mis aflicciones
alumbra mi suerte con sus suaves dones
la sonrisa heroica con que tú creías,
ocultando a mi alma tus melancolías,
alegrar el nido de mis ilusiones.

Tú nunca supiste que de mi flaqueza
te dí fortaleza,
vistiendo mi vida con risas de niño
que me permitían, frente a tu cariño,
recoger a solas toda tu tristeza.

Y condicionadas así sus afinidades sentimentales, no es extraño que el hijo llegara a ser un epígono del romanticismo. Que en sus recónditas tribulaciones amorosas hallara el mayor tema de inspiración, y para exaltarlas apelara a la soledad y la tristeza, el temor a la inconstancia y el olvido, y aún la pálida complicidad de la luna. Y que inclusive adoptara algunos símbolos asociados en otros tiempos a la caballeridad y el ardor del amante. Por ejemplo:

Llevando un haz de perlas yo iba por los desiertos,
jinete en dromedario, camino de la cita,
que me dió la sultana que me espera en la ermita
con sus brazos desnudos y sus besos despiertos.

¡Pon, Dios, en mi socorro tu piadosa mirada!
!Me han robado mis perlas! . . . ¡Una luz, una espada,
que voy como encendido león a recogerlas!

¡Y yo ofrezco, Cielo, porque mis pasos guíes,
teñir en sangre mora todo el collar de perlas
y llevarlo a mi dama como un haz de rubíes!

O, acogiendo el convencional orientalismo que siguieron los románticos, a la manera de Espronceda y Zorrilla, dice:

Y cuando tú, divina hurí,
te duermes ya sin un recuerdo para mí,
la mariposa de mi ideal
en tu balcón viéndote así
besa en silencio muchas veces tu cristal,
plega las alas y se duerme junto a tí.

O incide en los aires pastoriles, que apelan a la ingenuidad y la sencillez para encarecer la pureza del amor:

Una tarde, en el bosque, yo era un pastor sencillo,
perplejo ante la música temblorosa y lejana
del dulce caramillo
con que Pan se dolía de su ninfa tirana.

Y su emocionada asunción de los temas y el lenguaje del romanticismo aflora, en la poesía de Luis Fernán Cisneros, en cuanto lamenta "el dolor de vivir, que es el más triste"; o en cuanto se acoge "al amparo de la luna... que es amor, es caricia y es sudario".

PALABRAS DEL ACADEMICO DON LUIS JAIME CISNEROS AGRADECIENDO, A NOMBRE DE LOS DESCENDIENTES DE LUIS FERNAN CISNEROS, EL HOMENAJE DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Qué fácil es decir la gratitud de los descendientes de Luis Fernán Cisneros, cuando ha sido tan sabiamente preparado el camino por el estudio medido y las palabras cordiales que el escrupuloso saber de Alberto Tauro ha diseñado. Hombre como él entregado al estudio de nuestra historia, y como él entrenado en el conocimiento seguro de nuestras letras republicanas, escucha hoy de mis labios la voz de tres generaciones que le dicen gratitud. Y qué fácil me resulta extender el agradecimiento a la Academia Peruana de la Lengua, institución a la que está nuestro nombre vinculado desde la hora feliz en que don Ricardo Palma y Luis Benjamín Cisneros firmaron los primeros documentos de su constitución. Casa nacida para albergar una constante preocupación por el saber y la cultura, no dejó de ser nunca la Academia tribuna y refugio de las ideas que postularan justicia, progreso y libertad. Por algo la fundaron románticos que creían en la belleza de la palabra, arriesgaban la pureza en el ideal y soñaban una patria fecunda. No podía ser extraño, así, que por gravitación de sus virtudes propias, Luis Fernán Cisneros perteneciera a la Corporación.

Y qué nos toca decir a nosotros, que no haya sido dicho en estos días con justicia y generosidad por voces autorizadas de la crítica, el periodismo y la diplomacia. Nada podemos agregar, como no sea nuestra emoción contenida y nuestra voz entrecortada. Se ha exaltado la nobleza del hombre de acción, y se ha puntualizado su decencia y su decoro, rasgos que miran a la médula del hombre y mientan el hogar de los abuelos. Se ha destacado su ideal por la democracia y la libertad, raíz de su minucioso y largo destierro. Cisneros, periodista y poeta. Cisneros, profesor y periodista. Cisneros, periodista y diplomático. Por sobre todo, hombre de prensa, el primero de su generación. Se ha elogiado su prosa, de inalterado vigor. Se ha hablado de su quehacer poético. Y se ha destacado, en la voz del presidente Belaúnde, que su línea cívica fue paralela de su línea moral. Qué podemos agregar nosotros a cuanto se ha dicho!

Sí, la patria tenía varias formas en las conversaciones de Cisneros con sus hijos. La patria era un sentimiento hondo y una profunda fe. Y con ella tenían mucho que ver los hombres. Dos nombres aprendimos a pronunciar con respeto los hijos de Luis Fernán. El primero lo gustamos en la infancia. Venía envuelto en la leyenda y se crecía en la voz con que mi padre evocaba sus gestos, sus ideas. Piérola fue para nosotros ejercicio imprescindible de silabeo patriótico desde la más tierna edad. El otro nombre nos alcanzó en distintas etapas; madurez, juventud y adolescencia nos acostumbraron a frecuentar el nombre de José Luis Bustamante y Rivero, en cuya limpieza cívica nos enseñaron a ver realizado el ideal de una auténtica vida democrática. El uno, Piérola, perdido en las brumas de la irrealidad y el mito, se reducía a esa silenciosa consigna que el viejo don Nicolás parecía impartirnos, imperterritito, desde su retrato enmarcado en caoba. El otro, que la feliz realidad nos ha permitido compartir a casi todos,

anuncia que el tamaño de la patria puede ser a veces el de la esperanza.

Y junto con el de la patria, el culto de la amistad. Amigo de sus amigos fue ciertamente Luis Fernán. Yo quisiera rodear este ambiente de penumbra, para que pudiera moverse mi padre con la modestia y el pudor con que se movió en la vida. Y quiero traer aquí, para hacerlos testigos de la gratitud de que soy portavoz, la alegría festiva de Leonidas Yerovi, la comunicativa ciencia clara de Oscar Miró Quesada la pulcra conversación de Alberto Ulloa, el saber exultante de Víctor Andrés Belaúnde, la callada ironía de Manuel Moncloa. Y traería a los hijos de don Ricardo Palma, que cultivaron con Luis Fernán y con nosotros la prolongada hermandad que el gran viejo glorioso iniciara con mi abuelo. Y traería, por fin, la vieja silla de ruedas del abuelo anciano y paralítico, porque sin ella no estaría retratada y presente la adolescencia de Luis Fernán, y con su adolescencia su melancolía, y con su melancolía su timidez. Y sembraría el ambiente de estrellas y jazmines.

Digo gracias a la Academia Peruana de la Lengua porque esta ceremonia, merced al empeño valioso de Alberto Tauro, nos ha permitido renovar la fe en nuestro nombre. Y se las repito, porque nos ha mostrado también el coraje que exige mantenerlo limpio. Y digo gracias a Dios, que para hacernos a imagen y semejanza suya puso en nuestra sangre la semilla fecunda de Luis Fernán Cisneros.

INFORMACION ACADEMICA

Elección de nueva Junta Directiva

El 21 de enero de 1982 se celebró Junta Académica especialmente convocada para elegir la Junta Directiva para el período 1982-1984, de conformidad con los artículos 12º y 13º de los Estatutos de la Corporación.

Presidió la sesión el Director don José Jiménez Borja, quien se refirió a la marcha académica durante los últimos años, agradeció la colaboración prestada por los señores miembros de número y manifestó finalmente su decisión irrevocable de no aceptar una nueva designación.

Efectuada la votación, quedó elegida la siguiente Junta Directiva:

Director:	Don Augusto Tamayo Vargas
Censor:	Don José Jiménez Borja
Secretario:	Don Estuardo Núñez
Tesorero:	Don Luis Jaime Cisneros
Bibliotecario:	Don Alberto Tauro

Instalación de la nueva Junta Directiva

En sesión pública celebrada el 25 de febrero de 1982, con asistencia del Presidente de la República, tuvo lugar la ceremonia de instalación de la nueva Junta Directiva.

El acto se realizó en el Salón de Actos del Instituto Nacional de Cultura.

El Director cesante, Académico Don José Jiménez Borja, expuso los principales logros de su gestión al frente de la Academia señalando la colaboración prestada por los señores académicos y especialmente por los miembros de la Junta Directiva que lo acompañó. Su conceptuosa disertación fue contestada por el Director entrante Don Augusto Tamayo Vargas, quien delineó un ponderado programa de realizaciones.

Clausuraron el acto las palabras cordiales y de elogio por el papel que cumple la Academia Peruana de la Lengua, dichas por el señor Presidente de la República Don Fernando Belaúnde Terry.

Fallecimiento del Académico Don José Jiménez Borja

El 23 de agosto de 1982 ocurrió en forma inesperada el sensible fallecimiento del Académico Don José Jiménez Borja, a los pocos meses de haber dejado por reiterada decisión suya el cargo de Director de la Academia. Había sido elegido en la nueva Junta Directiva como Censor, en razón de su notoria y fecunda tarea desempeñada en los cargos de Secretario y Director en varios períodos. La Academia estuvo presente en los actos a que dio lugar su sepelio. En el cementerio hizo su elogio el Académico Don Estuardo Núñez, Secretario Perpetuo. En acto especial dedicado a su memoria, días después, hizo la exégesis póstuma del occiso el Director Don Augusto Tamayo Vargas.

Elección de nuevo Censor

Producida la vacante del cargo de Censor, por el sensible fallecimiento del Académico Don José Jiménez Borja, la Junta Académica acordó por unanimidad y aclamación

proveer dicho cargo, designando para el mismo al Académico Don Aurelio Miró Quesada Sosa.

Nuevo Director del Boletín

En la sesión celebrada el 20 de mayo de 1982, se designó nuevo Director del Boletín al Académico Don Alberto Tauro, quien ha reemplazado en ese cargo a Don Aurelio Miró Quesada, después de una fructífera y meritoria labor al frente del órgano de la Academia.

Visita de Académicos extranjeros

Durante el año de 1982 se recibió la grata visita de los Académicos Don Eugenio Chang-Rodríguez, miembro directivo de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, y Don Néstor E. Bager y Sánchez Galarraga, de la Academia Cubana. Fueron recepcionados en las sesiones del 12 de agosto y 7 de octubre de 1982.

Comisión Lexicográfica

La Comisión Lexicográfica de la Corporación ha venido desarrollando su labor de estudio y recopilación de peruanismos y de revisión de voces y acepciones de uso peruano incorporadas o que deben incorporarse en el Diccionario oficial de la Lengua Española. Igualmente ha contestado diversas consultas formuladas por la Asociación de Academias o por otras instituciones. En la fecha, la Comisión ha concluido la tarea de revisión del Diccionario oficial y próximamente se enviará el material resultante a la Asociación respectiva. Hasta los últimos tramos de esa tarea cumplida estuvo al frente de la Comisión el Académico Don José Jiménez Borja y a su fallecimiento lo ha reemplazado provisionalmente el Secretario Perpetuo Don Estuardo Núñez.

Celebración del Día del Idioma e incorporación del Académico Don Carlos Germán Belli

Con motivo del Día del Idioma la Academia Peruana de la Lengua hizo oficiar en la iglesia de Santa Rosa de los Padres la tradicional Misa en sufragio de los académicos fallecidos.

En la noche del 23 de abril se celebró una sesión pública en el Salón de Actos del Instituto Nacional de Cultura, en la cual leyó su discurso de toma de posesión el Académico Don Carlos Germán Belli. El tema elegido por el nuevo miembro fue: "La poesía de José María Eguren". Respondió al recipiendario el Académico Don Javier Sologuren.

Los antedichos discursos se insertan en el presente número del Boletín.

Incorporación del Académico Don Antonio Cornejo Polar

El 27 de mayo tuvo lugar la sesión pública en la cual se incorporó Don Antonio Cornejo Polar, quien leyó un medular estudio titulado "La literatura peruana: totalidad contradictoria". Respondió al recipiendario el Académico Don Estuardo Núñez.

Ambos discursos se publican en este número de nuestro Boletín.

Incorporación del Académico Don José Agustín de la Puente Candamo

En la sesión pública celebrada el 9 de setiembre de 1982, tuvo lugar la incorporación del Académico Don José Agustín de la Puente Candamo, quien leyó su estudio titulado "La enseñanza de la Historia del Perú en la vida de

los peruanos". Contestó al recipiendario el Académico Don Aurelio Miró Quesada Sosa.

Ambos discursos se publican en el presente Boletín.

Encuentro de Escritores en Caracas

Del 21 al 24 de noviembre de 1982, tuvo lugar en Caracas el Encuentro de Escritores de la "Biblioteca Ayacucho", coincidiendo con la aparición del volumen número cien de dicha Biblioteca. Asistieron como invitados especiales los Académicos Don Estuardo Núñez y Don Antonio Cornejo Polar. En los debates, se hizo un balance de ese proyecto editorial en progreso y se plantearon nuevas orientaciones.

En la misma reunión de Caracas se dio a conocer la aparición del volumen dedicado al escritor cusqueño Don Juan Espinoza Medrano, "El Lunarejo", confeccionado por el Académico Don Augusto Tamayo Vargas. Anteriormente han aparecido en la misma colección otros volúmenes a cargo de los Académicos Aurelio Miró Quesada, Luis Alberto Sánchez, Estuardo Núñez, Mario Vargas Llosa y Antonio Cornejo Polar.

Centenario del nacimiento de Don Luis Fernán Cisneros

El 25 de noviembre último, la Academia Peruana de la Lengua, celebró sesión pública en homenaje a Don Luis Fernán Cisneros, figura prestante de las letras peruanas, con motivo del centenario de su nacimiento. El discurso de orden estuvo a cargo del Académico Don Alberto Tauro, quien leyó una extensa y erudita pieza de exégesis. Agradeció el homenaje con finas palabras de filial reconocimiento, el Académico Don Luis Jaime Cisneros.

Actuación en homenaje a Ricardo Palma

El Director de la Academia, Don Augusto Tamayo Vargas, dictó una conferencia sobre Ricardo Palma el 6 de octubre de 1982, aniversario del fallecimiento del ilustre tradicionista. Tituló a su conferencia "Ricardo Palma: clave de la literatura peruana del siglo XIX" y fue en el local de la "Casa de Palma" en Miraflores. Con ella se dio un anticipo a la celebración del Sesquicentenario del nacimiento de Palma.

Nuevo Director de la Real Academia Española de la Lengua

En los últimos días de noviembre se tuvo noticia de la elección del nuevo Director de la Real Academia Española de la Lengua, recaída en Don Pedro Laín Entralgo, quien reemplaza a Don Dámaso Alonso.

La Academia Peruana cumplió con enviar un cable de felicitación al nuevo Director, expresándole su complacencia y felicitación.

Actividades del Secretario Perpetuo

Al producirse el fallecimiento del Académico Don José Jiménez Borja, el Secretario Perpetuo Académico Don Estuardo Núñez asumió provisionalmente la dirección de la Comisión Lexicográfica, que está actualmente revisando el trabajo elaborado respecto de los peruanismos.

Asimismo, ha integrado la Comisión de Alto Nivel encargada de supervigilar la restauración de la Casa de Osambela, en la cual tendrá su sede propia la Academia.

Igualmente ha recibido el encargo especial de organizar el homenaje nacional a Don Ricardo Palma, de quien se cumplirá el 7 de febrero próximo el Sesquicentenario de su nacimiento.

Nuevos Académicos de Número

En la Sesión de 3 de diciembre de 1982 y en aplicación de los artículos pertinentes de nuestros estatutos, se procedió a la elección de nuevos Académicos de Número, a fin de cubrir las tres vacantes existentes. Resultaron elegidos Don Andrés A. Aramburú Menchaca, Don José Luis Rivalola Rubio y Don Manuel Pantigoso Pecero.

INDICE

	págs.
INSTALACION DE LA NUEVA JUNTA DIRECTIVA	
Discurso del Director de la Academia Peruana de la Lengua Augusto Tamayo Vargas	9
FALLECIMIENTO DE DON JOSE JIMENEZ BORJA	
Discurso de Estuardo Núñez en el sepelio	17
Discurso de Augusto Tamayo Vargas en Sesión Solemne	21
INCORPORACION DEL ACADEMICO DON CARLOS GERMAN BELLI	
"La poesía de José María Eguren", por Carlos Germán Belli	27
Discurso de respuesta de Javier Sologuren	43
INCORPORACION DEL ACADEMICO DON ANTONIO CORNEJO POLAR	
"La literatura peruana: totalidad contradictoria", por Antonio Cornejo Polar	53
Discurso de respuesta por Estuardo Núñez ...	77

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON JOSE AGUSTIN DE LA PUENTE CANDAMO "Reflexiones sobre la enseñanza de la Historia del Perú", por José Agustín de la Puente Candamo	93
Discurso de respuesta de Aurelio Miró Quesada Sosa	117
HOMENAJE A DON LUIS FERNAN CISNEROS EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO	
Fragmentos del discurso de Alberto Tauro a nom- bre de la Academia Peruana de la Lengua	123
Agradecimiento de Luis Jaime Cisneros a nombre de los descendientes	129
INFORMACION ACADEMICA	133

